



COMILLAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en RRII

Trabajo Fin de Grado

La cooperación chino-rusa en el Ártico:

el pragmatismo geopolítico en la
explotación de recursos naturales y
rutas marítimas.

Estudiante: **ÁLVARO GUERRERO VALERA**

Director/a: RAFAEL MARTÍN RODRÍGUEZ

Madrid, mayo de 2025

Declaración de Uso de Herramientas de IA Generativa en Trabajos Fin de Grado en Relaciones Internacionales.

Por la presente, yo, **ÁLVARO GUERRERO VALERA**, estudiante de Relaciones Internacionales de la Universidad Pontificia Comillas al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado " El impacto de los carteles de propaganda en el alistamiento militar estadounidense durante la 1ºGM. ", declaro que he utilizado la herramienta de IA Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

1. **Sintetizador y divulgador de libros complicados:** Para resumir y comprender literatura compleja.
2. **Traductor:** Para traducir textos de un lenguaje a otro.

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, excepto donde se ha indicado lo contrario y se han dado los créditos correspondientes (he incluido las referencias adecuadas en el TFG y he explicitado para qué se ha usado ChatGPT u otras herramientas similares). Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación a esta declaración.

Fecha: 30/04/2025

Firma:



Resumen:

El presente trabajo tiene como objetivo analizar el pragmatismo geopolítico que caracteriza la alianza entre China y Rusia en el Ártico, en el contexto del deshielo acelerado por el cambio climático. Partiendo de una descripción del Ártico como espacio físico, político y jurídico, se examinan los efectos del cambio climático, tales como el acceso a recursos naturales estratégicos y la apertura de nuevas rutas marítimas de navegación. Posteriormente, se abordan los principales intereses y estrategias de la Federación Rusa y la República Popular China en la región, explorando sus áreas de cooperación y los desafíos que enfrentan. Finalmente, se estudian las implicaciones de esta alianza en el escenario geopolítico global y las posibles respuestas de otros actores internacionales ante el creciente protagonismo chino-ruso en un Ártico cada vez más accesible.

Palabras clave:

Ártico, geopolítica, China, Rusia, deshielo, recursos naturales, rutas marítimas.

Abstract:

This paper aims to analyse the geopolitical pragmatism that characterises the China-Russia Arctic alliance in the context of climate change-accelerated ice melt. Starting with a description of the Arctic as a physical, political and legal space, it examines the effects of climate change, such as access to strategic natural resources and the opening of new shipping routes. It then addresses the main interests and strategies of Russia and the People's Republic of China in the region, exploring their areas of cooperation and the challenges they face. Finally, it examines the implications of this alliance on the global geopolitical scene and the possible responses of other international actors to the growing Sino-Russian protagonism in an increasingly accessible Arctic.

Key words:

Arctic, geopolitics, China, Russia, ice melt, natural resources, sea routes.

ÍNDICE DE CONTENIDO

Introducción	5
1.1. Justificación del estudio.....	5
1.2. Objetivos y pregunta de investigación.....	5
1.3. Enfoque metodológico y delimitación temporal.....	6
1.4. Estructura del trabajo.....	7
1.5. Fundamentos teóricos para el análisis de la cooperación geopolítica en el Ártico.....	7
Capítulo 2. El Ártico en el contexto global: recursos y rutas en disputa	9
2.1. La región ártica: características geográficas y estratégicas.....	9
2.2. Consecuencias del deshielo: recursos emergentes y nuevas rutas.....	11
2.3. Competencia global en el Ártico: grandes potencias y rivalidades sistémicas.....	13
Capítulo 3. Intereses de Rusia y China en el Ártico: convergencias y divergencias	14
3.1. Rusia: hegemonía regional y explotación energética.....	14
3.1.1. Reservas energéticas y proyectos de explotación en el Ártico.....	15
3.1.2. Estrategia logística y desarrollo de la Ruta Marítima del Norte.....	15
3.2. China: expansión económica, tecnológica y diplomática en el Ártico.....	16
3.2.1. Intereses en recursos y transporte en clave estratégica.....	17
3.2.2. La “Ruta de la Seda Polar” y su proyección geopolítica.....	18
Capítulo 4. Cooperación chino-rusa: ¿alianza estratégica o pragmatismo coyuntural?	19
4.1. Factores que impulsan la cooperación bilateral.....	19
4.2. Proyectos conjuntos: energía, transporte e infraestructuras.....	20
4.3. Límites, tensiones y contradicciones en la relación.....	22
Capítulo 5. El Ártico como campo de competencia global: reacciones internacionales	24
5.1. Reacciones de Occidente: OTAN, UE y Estados Unidos.....	24
5.2. Consecuencias para la gobernanza del Ártico.....	26
Capítulo 6. Marco práctico: Análisis empírico	28
6.1. Evolución empírica de la cooperación entre Rusia.....	29
6.2. Impacto económico de la guerra de Ucrania en la relación sino-rusa.....	30
6.3. Coordinación estratégica y militar	31
6.4. Consecuencias económicas del acercamiento	32
6.5. Reflexión del marco práctico: ¿alianza táctica o estrategia geopolítica duradera?.....	34
Conclusiones	37
Bibliografía	42

1. Introducción

1.1. Fundamentación del tema:

El Ártico ha adquirido una importancia significativa en el contexto internacional debido al rápido proceso de deshielo, que tiene consecuencias estratégicas y económicas. Este fenómeno facilita el acceso a grandes reservas de recursos naturales como petróleo, gas y minerales, además de abrir nuevas rutas marítimas, como la Ruta Marítima del Norte, que podría transformar el comercio global. En este marco, países como Rusia y China muestran un interés creciente por la región.

El análisis de la relación entre Rusia y China en el Ártico es relevante por varias razones. Rusia es la potencia dominante en la región gracias a su extensa costa ártica, infraestructura consolidada y larga experiencia en la explotación de recursos naturales. China, aunque no posee territorio ártico, se declara un Estado cercano al Ártico y promueve iniciativas como la "Ruta de la Seda Polar" para reforzar su presencia regional. La relación entre ambos países se caracteriza por un pragmatismo estratégico, con intereses económicos y comerciales comunes, aunque también existen tensiones relacionadas con la soberanía y la influencia global.

Este trabajo busca analizar cómo la cooperación entre Rusia y China podría influir en la gobernanza del Ártico, las dinámicas internacionales de poder y los intereses de otros actores regionales. El estudio específico de esta región permite comprender cómo el cambio climático y las nuevas oportunidades económicas están modificando las relaciones internacionales. Este análisis ayuda a entender mejor la interacción entre China y Rusia en el Ártico y ofrece perspectivas sobre los desafíos y oportunidades que enfrentan distintos actores internacionales en un contexto en el que el clima y la geopolítica están relacionados.

1.2 Objetivos y cuestiones de investigación

El objetivo principal de este trabajo es analizar si la cooperación entre China y Rusia en el Ártico representa una alianza estratégica a largo plazo frente al orden internacional liderado por Occidente o si se trata más bien de una relación pragmática basada en intereses coyunturales. Para ello, se estudiará la cooperación entre ambos países en la explotación de recursos naturales y el desarrollo de rutas marítimas, enfocándose especialmente en cómo ambos países utilizan el pragmatismo en sus decisiones. Este análisis busca identificar tanto los aspectos que facilitan la cooperación como las posibles tensiones que podrían limitar su alcance estratégico, para comprender con precisión la dimensión real de la relación sino-rusa en el Ártico dentro del contexto de creciente competencia global.

Los objetivos del trabajo consisten en analizar los intereses económicos, energéticos y estratégicos de Rusia y China en la región para determinar sus puntos de coincidencia y divergencia; examinar los mecanismos institucionales, acuerdos y proyectos que sustentan la cooperación; evaluar la influencia del contexto internacional, especialmente las sanciones

occidentales y el aislamiento de Rusia; y por último identificar factores estructurales que podrían impedir la consolidación de una alianza estratégica, como la desconfianza mutua o la competencia en sectores clave.

La pregunta principal que guía este trabajo es determinar si la cooperación entre China y Rusia en el Ártico constituye una alianza pragmática temporal o una estrategia geopolítica duradera frente al orden que lidera Occidente. Además, también se plantean otras preguntas secundarias relacionadas con los intereses específicos de ambos países y su alineación, el tipo de cooperación que existe en cuanto a los recursos naturales, transporte marítimo e infraestructura, el impacto de la presión occidental en su acercamiento, la existencia de competencia o desconfianza mutua que limite esta cooperación, y si el Ártico puede ser una plataforma para desafiar al orden internacional vigente.

1.3. Metodología y delimitación temporal

Este estudio tiene un enfoque cualitativo basado en análisis documental y teórico para examinar la cooperación sino-rusa en el Ártico. Su propósito es determinar si esta cooperación refleja una alianza estratégica o si responde a intereses coyunturales influidos por el contexto internacional. El método interpretativo permite abordar la complejidad geopolítica de la región e identificar patrones de cooperación, contradicciones y dinámicas de poder. El análisis sigue una metodología deductiva, parte de teorías geopolíticas generales para aplicarlas luego a casos específicos de cooperación en energía, logística y diplomacia. Se utilizan fuentes primarias como documentos oficiales, acuerdos bilaterales, declaraciones políticas y publicaciones de organismos internacionales (Consejo Ártico, ONU), además de fuentes secundarias como artículos científicos, libros especializados e informes estratégicos.

El análisis se desarrolla en tres fases claramente definidas. Primero, se presenta una contextualización del Ártico como espacio estratégico, con sus características geográficas y las implicaciones del deshielo; luego se analizan en detalle los intereses y estrategias específicas de Rusia y China en la región. Finalmente, se evalúan los factores que impulsan o dificultan una alianza estratégica, destacando variables estructurales y el contexto internacional.

La delimitación temporal del estudio abarca desde 2013 hasta la actualidad. El año 2013 es significativo porque fue cuando China obtuvo el estatus de observador permanente en el Consejo Ártico, lo que marcó el inicio de una política exterior activa en la región. El análisis incluye desarrollos recientes como el Libro Blanco chino sobre política ártica y el fortalecimiento de los lazos energéticos y comerciales entre China y Rusia en medio de tensiones internacionales.

1.4. Estructura del trabajo

La estructura del trabajo está organizada en seis capítulos diseñados para abordar de forma clara y coherente la cooperación sino-rusa en el Ártico. El primer capítulo es introductorio y explica la relevancia del estudio, objetivos, metodología y delimitación temporal. El segundo capítulo ofrece un contexto detallado sobre el Ártico, destacando su importancia estratégica y características geográficas y económicas como las implicaciones del cambio climático. El tercer capítulo explica los intereses particulares de Rusia y China en la región, explorando sus motivaciones y estrategias específicas. El cuarto capítulo analiza en profundidad la cooperación bilateral, identificando áreas clave como la explotación energética, la infraestructura y las rutas de transporte marítimo junto con los factores que facilitan o limitan esta relación. El quinto capítulo examina el impacto internacional de esta cooperación, dedicando especial atención a cómo reaccionan actores occidentales como Estados Unidos y la Unión Europea, y cómo esto afecta la gobernanza global del Ártico. Por último, el sexto capítulo presenta las conclusiones, dando la respuesta a la pregunta principal del estudio y reflexionando sobre si esta cooperación tiene características estratégicas duraderas o pragmáticas temporales.

1.5. Fundamentos teóricos para el análisis de la cooperación geopolítica en el Ártico

La cooperación entre China y Rusia en el Ártico se entiende mejor desde el enfoque realista de las Relaciones Internacionales, en especial del realismo estructural. Esta corriente parte de la idea de que el sistema internacional es anárquico, carece de una autoridad central que regule el comportamiento de los Estados. En este contexto, cada Estado actúa para proteger su seguridad y aumentar su poder. Las alianzas no tienen que ver con valores compartidos o normas comunes, sino con intereses concretos que cambian con el contexto. Bajo esta lógica, la cooperación entre China y Rusia en el Ártico no nace de una afinidad ideológica o de una visión común del sistema internacional, sino de una necesidad táctica, aprovechar los recursos y rutas estratégicas que el deshielo está haciendo accesibles. Es una relación basada en el interés, no en la confianza (Waltz, 1979).

El autor Morgenthau sostuvo que los Estados buscan el poder para asegurar su supervivencia, y que las relaciones internacionales giran en torno a esta lucha constante. Desde esta mirada, la colaboración sino-rusa se explica como un arreglo temporal que responde a una oportunidad. Ninguno de los dos países quiere quedar atrás en una región que podría definir la nueva distribución del poder global. Ambos comparten el objetivo de aumentar su influencia, pero lo hacen desde posiciones diferentes. Rusia defiende su papel dominante como potencia ártica; China busca insertarse como actor relevante a pesar de no poseer territorio ribereño con el Océano Ártico (Morgenthau, 1948).

Además, esta cooperación se puede analizar desde la geopolítica clásica. Este enfoque, representado por autores como Mackinder y Mahan, considera que la ubicación geográfica y

el control de espacios clave influyen directamente en el poder de los Estados. El deshielo en el Ártico transforma la configuración territorial del poder, al abrir rutas marítimas antes bloqueadas y permitir el acceso a recursos naturales en zonas que hasta hace poco no eran rentables. En este marco, el control del Océano Glacial Ártico y sus corredores se convierte en un objetivo prioritario para las grandes potencias. Lo que antes era una periferia congelada, ahora se vuelve un nodo estratégico del comercio y la energía (Mackinder, 1904; Mahan, 1890).

Por ejemplo, Mackinder planteó que quien controle las zonas centrales del mundo podrá dominar la política global. Aunque su teoría se centraba en Eurasia, su lógica se puede extender al Ártico si se considera la región como un nuevo eje de conectividad. Mahan, por su parte, destacó la importancia de las rutas marítimas para el dominio internacional. El control del transporte naval y de los puntos de acceso al comercio global sigue siendo clave hoy. Desde esta perspectiva, el interés de Rusia por dominar la Ruta Marítima del Norte y el interés de China por consolidar la Ruta de la Seda Polar responden a una estrategia coherente con estas ideas (Mahan, 1890; Mackinder, 1904).

Aunque parte de la cooperación entre China y Rusia en el Ártico se formaliza a través de acuerdos bilaterales y foros multilaterales, su estructura sigue siendo débil desde el punto de vista del institucionalismo liberal. Esta corriente, representada por Keohane, defiende que los Estados pueden cooperar de forma estable si crean instituciones fuertes que regulen el comportamiento y reduzcan la incertidumbre. Sin embargo, la relación sino-rusa en el Ártico carece de mecanismos sólidos y permanentes. No hay reglas compartidas ni compromisos a largo plazo que limiten el margen de acción de cada país. Por eso, se trata más de una cooperación funcional que de una integración real (Keohane, 1984). En lugar de construir instituciones duraderas, ambos países han optado por avanzar en proyectos conjuntos que les permitan obtener beneficios inmediatos. Esto refuerza la idea de que la relación responde a una lógica pragmática. Cada uno mantiene su autonomía y evalúa constantemente el equilibrio entre cooperación y competencia. (Waltz, 1979; Keohane, 1984).

Capítulo 2. El Ártico en el contexto global: recursos y rutas en disputa

2.1. La región ártica: características geográficas y estratégicas.



Mapa geográfico del ártico - <https://sl.bing.net/kG6lu3L4sy4>

A diferencia de la Antártida, que es un continente cubierto de hielo y rodeado por océanos, el Ártico está centrado en el Océano Glacial Ártico, una gran masa de agua helada rodeada por territorios de varios Estados. Esta configuración lo convierte en un espacio estratégico desde el punto de vista ambiental y geopolítico. Su importancia ha crecido en las últimas décadas debido a la rápida pérdida de hielo, que ha permitido abrir nuevas rutas marítimas y acceder a recursos naturales antes inaccesibles. Esto ha despertado el interés de múltiples actores internacionales (Ferrero, 2011).

El Ártico es una de las regiones más extensas y menos exploradas del planeta. De acuerdo con los criterios geográficos, el Océano Glacial Ártico abarca el área situada al norte del paralelo 80°, con el Polo Norte como referencia, cubriendo unos ocho millones de kilómetros cuadrados. Sin embargo, desde un punto de vista político y estratégico, suele definirse como el territorio dentro del Círculo Polar Ártico, en la latitud 66°33'52" Norte. Esta última definición amplía su extensión a unos 26 millones de kilómetros cuadrados. La diferencia no es menor, mientras que el océano baña principalmente Groenlandia y algunas islas del norte de Canadá, el Círculo Polar Ártico incluye las costas de Siberia, Escandinavia y América del Norte, así como varios mares clave para la navegación y la soberanía, como los mares de Groenlandia, Noruega, Barents, Kara, Laptev, Siberia Oriental, Chukchi y Beaufort (Álvarez López, 2023).

En el plano internacional, se consideran Estados árticos a los ocho países con territorio dentro del Círculo Polar Ártico: Rusia, Canadá, Dinamarca (por Groenlandia), Noruega, Estados Unidos, Finlandia, Islandia y Suecia. De ellos, solo cinco tienen acceso directo al Océano Glacial Ártico. Estos cinco (Rusia, Canadá, Estados Unidos, Noruega y Dinamarca) forman el grupo conocido como "Arctic-5", que goza de derechos preferenciales sobre los recursos naturales y las rutas marítimas que surgen con el deshielo. A pesar de no tener costa directa en el océano, Finlandia, Suecia e Islandia han mostrado un interés creciente en la gobernanza de la región y participan activamente en el Consejo Ártico (Ferrero, 2011).

La delimitación del Ártico plantea retos no solo geográficos, sino también jurídicos. A diferencia de la Antártida, que está protegida por un tratado internacional desde 1959, el Ártico no cuenta con un marco legal global que regule sus recursos y sus rutas. En su lugar, los Estados se rigen por la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CNUDM) de 1982, que reconoce el derecho de los Estados ribereños a explotar las zonas económicas exclusivas y plataformas continentales adyacentes a sus costas. Sin embargo, esta normativa ha dado pie a reclamaciones superpuestas de soberanía por parte de Rusia y Canadá, que han presentado solicitudes ante la Comisión de Límites de la Plataforma Continental de la ONU para extender sus derechos más allá de las 200 millas náuticas, apoyándose en la idea de que formaciones submarinas como la dorsal de Lomonósov son una continuación natural de sus plataformas (Álvarez López, 2023).

El contexto político se ha vuelto más complejo con la llegada de nuevos actores y con el aumento de los intereses estratégicos en la zona. El Consejo Ártico, creado en 1996 mediante la Declaración de Ottawa, actúa como el principal foro de diálogo y cooperación en la región. Sin embargo, tiene un alcance limitado ya que no posee personalidad jurídica, no puede emitir normas vinculantes, y sólo toma decisiones por consenso entre sus ocho miembros. Su mandato no incluye temas de seguridad o soberanía y se centra únicamente en cuestiones medioambientales y de desarrollo sostenible. A pesar de estas limitaciones, el Consejo ha permitido la entrada de observadores permanentes como China, Japón, Corea del Sur y la Unión Europea, que tienen la intención de aumentar su presencia e involucrarse en los proyectos regionales (Álvarez López, 2023). Para los Estados no árticos, obtener el estatus de observador en el Consejo Ártico supone un paso importante porque este reconocimiento les da acceso a información, redes diplomáticas y debates técnicos, aunque no implica capacidad de decisión. Aun así, la presencia de estos actores ha generado fricciones debido a que los Estados ribereños temen que terceros países cuestionen su soberanía o interfieran en sus intereses económicos. Esta preocupación ha crecido al mismo ritmo que el deshielo, ya que nuevas áreas marítimas y recursos se vuelven accesibles y cada vez más disputados (Ferrero, 2011).

El debate sobre el futuro jurídico del Ártico sigue abierto. Por un lado, varios Estados no árticos consideran que se trata de aguas internacionales y defienden su libre navegación y explotación, y por otro, los Estados ribereños impulsan estudios científicos que justifican la extensión de sus plataformas continentales con el objetivo de reforzar sus derechos exclusivos sobre el territorio marino. Estas tensiones han dificultado un consenso internacional único. La propuesta de un tratado similar al que rige la Antártida ha perdido apoyo, ya que los Estados costeros no están dispuestos a aceptar restricciones externas que limiten su acceso a los recursos o a las rutas comerciales (Ferrero, 2011).

En la actualidad, la región ártica atraviesa una etapa de intensa transformación. El cambio climático y la competencia entre potencias están desafiando el equilibrio en la región debido a la ausencia de un marco legal común, el aumento de la presencia militar y las disputas por el control de los recursos, dando lugar a un escenario incierto. A la vez, mientras los Estados ribereños refuerzan su posición, otros actores buscan garantizar su acceso. Las tensiones

seguirán creciendo, y el reto principal será encontrar un equilibrio entre desarrollo económico, cooperación internacional y protección del ecosistema ártico (Álvarez López, 2023).

2.2. Consecuencias del deshielo: recursos y rutas emergentes

A pesar de ser el océano más pequeño del mundo, el Ártico cumple un papel clave en la regulación del clima, la estabilidad de las corrientes oceánicas y la preservación de ecosistemas únicos en el planeta. En las últimas décadas, el deshielo ha avanzado de forma acelerada, convirtiendo la región en uno de los espacios donde mejor se perciben los efectos del cambio climático. El aumento de las temperaturas y la emisión continua de gases de efecto invernadero han hecho que el Ártico pase de ser una zona remota a un punto de interés geopolítico. El deshielo ha permitido el acceso a recursos naturales hasta ahora inaccesibles y ha abierto nuevas rutas marítimas, lo que ha provocado una competencia directa entre las principales potencias del sistema internacional. Según el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), la pérdida de hielo en el Ártico es una de las señales más claras del calentamiento global, con una pérdida de alrededor del 13% de su superficie helada cada década desde 1979. Para mediados de este siglo, algunos informes prevén veranos sin hielo. Esta situación afecta tanto a la banquisa ártica (la capa de hielo flotante), como al permafrost, que es el suelo congelado que retiene grandes cantidades de dióxido de carbono y metano. Al fundirse, este suelo libera esos gases, lo que acelera aún más el calentamiento global y genera un ciclo difícil de frenar. Las consecuencias de este fenómeno son amplias, además de suponer una amenaza de la subida del nivel del mar en ciudades costeras e islas en todo el mundo. La entrada de agua dulce en el Atlántico Norte podría alterar las corrientes oceánicas y modificar el clima en otras regiones. La reducción del efecto albedo (la capacidad del hielo para reflejar la radiación solar) también incrementa el problema, ya que el océano absorbe más calor, lo que refuerza el deshielo y acelera el calentamiento (Madueño-Álvarez, 2024).

A pesar del riesgo ambiental, el deshielo ha abierto nuevas oportunidades económicas y estratégicas. Con menos hielo, resulta más fácil llegar a las reservas de gas, petróleo y minerales. Se estima que el Ártico contiene cerca del 30% del gas natural sin explotar y el 13% del petróleo aún no descubierto. Además, hay grandes depósitos de minerales estratégicos como níquel, cobalto, paladio y tierras raras esenciales para la tecnología y la transición energética (Madueño-Álvarez, 2024). Teniendo en cuenta este contexto, Rusia ha reforzado su papel como principal actor en la región, y ha desarrollado infraestructuras energéticas en la península de Yamal y en el mar de Kara, además de cerrar acuerdos con China para extraer y transportar recursos. China, aunque no es un Estado ribereño, se ha definido como "Estado cercano al Ártico" y ha aumentado su presencia mediante inversiones en el marco de la Ruta de la Seda Polar. Su objetivo es asegurar acceso tanto a las rutas comerciales emergentes como a los recursos disponibles en la región (Morales, 2023).

La apertura de nuevas rutas marítimas es otro de los grandes cambios derivados del deshielo. Estas rutas podrían modificar el comercio internacional al reducir tiempos y costes. Entre las

más relevantes se encuentran la Ruta del Mar del Norte (NSR) y el Paso del Noroeste (NWP). La NSR bordea la costa norte de Rusia y puede llegar a reducir hasta en un 40% la distancia entre Asia y Europa. Rusia ha aprovechado esta ventaja para reforzar su control mediante la construcción de puertos, la ampliación de su flota de rompehielos y la creación de bases logísticas. En 2023, el tráfico por la NSR alcanzó un récord de 36,2 millones de toneladas, frente a los 34 millones del año anterior. El 70% de ese tráfico corresponde a petróleo y gas natural licuado. El aumento del volumen ha sido posible gracias a mejoras en infraestructuras portuarias y a una temporada de navegación más larga, sin necesidad de romper hielo (NSR Administration, 2023).

Por otra parte, el Paso del Noroeste, cruza el archipiélago ártico canadiense y conecta el Atlántico con el Pacífico. Esta ruta también puede modificar las dinámicas del comercio global, sin embargo, su control está siendo cuestionado. Canadá defiende su soberanía sobre el paso, mientras otros países lo consideran una vía de navegación internacional. Esta diferencia de posturas ha intensificado la militarización en la zona. Estados Unidos, la OTAN y China han reforzado su presencia para asegurar sus intereses en un entorno cada vez más estratégico (Morales, 2023).

A esta situación se le ha llamado la “paradoja del Ártico” y que el deshielo supone riesgos ambientales graves, pero también abre nuevas posibilidades económicas. Mientras organizaciones científicas y ecologistas alertan sobre los peligros de una explotación sin control, los gobiernos y las empresas buscan sacar provecho. La competencia por el control del Ártico ha convertido a la región en un nuevo punto de fricción geopolítica. El equilibrio entre cooperación y rivalidad será lo que marque su evolución en las próximas décadas (Madueño-Álvarez, 2024).

Tal y como planteó Halford Mackinder, el acceso a regiones hasta ahora inaccesibles cambia el reparto del poder global. El Océano Glacial Ártico, que antes actuaba como una barrera, se ha convertido en un corredor estratégico, lo que supone efectos directos en la relación entre grandes potencias. Pero las oportunidades económicas traen también riesgos. Según el Arctic Monitoring and Assessment Programme (AMAP), los proyectos de extracción aumentan la posibilidad de derrames que no se pueden contener. El aumento de tráfico de buques amenaza especies animales como la beluga o el narval. La cooperación entre Rusia y China prioriza los intereses económicos y carece de mecanismos sólidos para proteger el entorno, dando lugar a una situación que contrasta con acuerdos como el firmado en 2018 para evitar la pesca no regulada en aguas árticas internacionales, que sí buscan equilibrar desarrollo y conservación (AMAP, 2021; Greenpeace International, 2022).



Ruta marítima del Norte (rojo)

<https://sl.bing.net/bhwTDhNHmFg>



Paso del Noroeste

<https://sl.bing.net/i32iEQFT820>

2.3. Competencia global en el Ártico: grandes potencias y rivalidades sistémicas

Desde una perspectiva realista de las Relaciones Internacionales, el Ártico se presenta como un escenario de competencia directa, donde el avance de un actor implica la pérdida de poder de otro. La lógica que impera es la del equilibrio de poder en un sistema internacional anárquico. En este marco, las disputas por soberanía, las inversiones estratégicas y el aumento de la presencia militar en la región muestran con claridad un ambiente de rivalidad entre Estados. El retroceso del hielo, junto con la aparición de nuevas rutas marítimas y el acceso a recursos clave, ha dado al Ártico un lugar central en la agenda de las grandes potencias. Ya no se trata de un espacio periférico, sino de un territorio que concentra intereses económicos, energéticos y estratégicos con proyección global (Waltz, 1979).

Rusia es el actor más destacado en la región por su posición geográfica y su estrategia de control territorial. Posee la franja de costa ártica más extensa y ha desarrollado una red de bases militares, reforzado su flota de rompehielos y ampliado su infraestructura logística. Su dominio sobre la Ruta Marítima del Norte forma parte de una estrategia más amplia que combina la explotación energética con el control de rutas comerciales. Moscú también ha reclamado ante la Comisión de Límites de la Plataforma Continental la ampliación de su jurisdicción sobre el fondo marino, en especial en áreas con presencia confirmada de hidrocarburos (Madueño-Álvarez, 2024).

Estados Unidos también ha incrementado su atención sobre la región, en gran parte como respuesta al avance ruso y al crecimiento del papel de China en la región. El departamento de defensa de los EEUU ha incluido al Ártico como una zona prioritaria en su política de seguridad nacional, reforzando así su cooperación con Canadá y otros aliados en el norte de Europa, con el fin de proteger la libertad de navegación y limitar la proyección de sus competidores. La visión estratégica estadounidense sobre el Ártico combina la protección de recursos con la contención de influencias externas (Morales, 2023).

En cuanto a China, ha logrado posicionarse en el Ártico sin ser un Estado ribereño. En 2013 ingresó como observador en el Consejo Ártico y en 2018 presentó su Libro Blanco sobre la política del Ártico. En ese documento se define como un “Estado cercano al Ártico” y justifica su implicación en la región por los efectos globales del cambio climático. Desde entonces, ha invertido en infraestructuras, minería y energía en países árticos, sobre todo en colaboración con Rusia. La incorporación del Ártico a la Ruta de la Seda Polar muestra su interés por añadir a la región en sus redes comerciales globales (Madueño-Álvarez, 2024; Morales, 2023).

La Unión Europea y la OTAN también han ampliado su participación en el Ártico. Algunos de sus Estados miembros tienen intereses directos en la región o actúan como observadores en foros internacionales. El conflicto en Ucrania desde 2022 ha acelerado estos movimientos. La entrada de Finlandia en la OTAN y el posible ingreso de Suecia han cambiado la situación en el norte de Europa. Ahora hay más presencia militar de Occidente en una zona donde antes Rusia tenía más control. (López-Ibor Mayor, 2015).

El Ártico se ha convertido en un espacio de tensiones crecientes, donde la cooperación internacional convive con una creciente competencia entre potencias. Aunque el Consejo Ártico sigue funcionando como foro técnico y ambiental, su capacidad para tratar asuntos de soberanía y seguridad es muy limitada. La lucha por el control de rutas y recursos, junto con el reposicionamiento global de los actores más influyentes, ha intensificado las tensiones. Por eso, el Ártico no es solo una región en disputa, también es un reflejo de los cambios profundos en el equilibrio del orden internacional.

Capítulo 3. Intereses de Rusia y China en el Ártico: convergencias y divergencias

3.1. Rusia: hegemonía regional y explotación energética

Rusia ha convertido al Ártico en una parte central de su política exterior y de su estrategia de desarrollo nacional. Posee cerca del 53% de la costa del Océano Glacial Ártico, lo que le da una ventaja territorial clara. Esta posición no solo implica control geográfico, sino también acceso a recursos naturales clave y rutas de transporte estratégicas. El Ártico ruso contiene reservas importantes de hidrocarburos, zonas de pesca y minerales esenciales. Además, ofrece una ruta marítima que puede cambiar las dinámicas del comercio global, la Ruta Marítima del Norte. Moscú ha elaborado documentos como la “Estrategia para el Desarrollo del Ártico Ruso y la Seguridad Nacional hasta 2035”, donde fija sus prioridades en la región. Entre ellas se incluyen la protección de la soberanía, el desarrollo de recursos, la mejora de la conectividad y el control de las operaciones logísticas. Esta actuación responde a una lógica realista, Rusia busca reforzar su control territorial y asegurar sus recursos frente a la competencia internacional, en un contexto donde el aislamiento político con Occidente ha crecido (Madueño-Álvarez, 2024).

3.1.1. Reservas energéticas y proyectos de explotación en el Ártico

El Ártico ruso contiene enormes reservas de petróleo y gas natural, especialmente en la costa siberiana y el mar de Kara. Según estimaciones del Servicio Geológico de Estados Unidos, la región alberga hasta 90.000 millones de barriles de petróleo y más de 47 billones de metros cúbicos de gas natural. Estas cifras convierten al Ártico en una pieza clave para la seguridad energética de Rusia y su economía nacional (USGS, 2008).

Rusia ha desarrollado grandes proyectos para explotar estos recursos. Yamal LNG, que empezó a operar en 2017, produce más de 16 millones de toneladas de gas licuado al año y también ha construido terminales portuarias y rompehielos para garantizar la exportación durante todo el año. Otro proyecto importante es Arctic LNG 2, que se está construyendo en la península de Gyda. Este tendrá una capacidad mayor de casi 20 millones de toneladas al año, y utiliza plataformas flotantes que permiten acelerar las obras en zonas de difícil acceso (Kaplan, 2012).

El enfoque de Rusia en el Ártico tiene una fuerte base geopolítica. Ya a finales del siglo XIX, el estratega Alfred Mahan explicaba que el control del mar y de las rutas marítimas era esencial para el poder de una nación. Hoy, Rusia aplica esa misma lógica, explota sus recursos y asegura el transporte a través del Ártico para fortalecer su influencia global (Mahan, 1890).

La energía es una forma de poder, lo decía el politólogo Hans Morgenthau, que veía los recursos naturales como herramientas de los Estados para lograr sus objetivos. Rusia no solo busca beneficios económicos, también intenta consolidar su posición frente a Occidente, sobre todo desde que las sanciones han limitado otras fuentes de financiación e inversión (Morgenthau, 1948). Sin embargo, abrir la puerta a socios como China también tiene consecuencias. Aunque estos países aportan capital y tecnología, también ganan influencia en una zona que Rusia considera estratégica. Tal y como advierte Robert Kaplan, la geografía sigue siendo una fuente de poder, y ceder espacio en regiones clave puede traer riesgos a largo plazo (Kaplan, 2012).

3.1.2. Estrategia logística y desarrollo de la Ruta Marítima del Norte

La Ruta Marítima del Norte es el eje central de la estrategia de transporte de Rusia en el Ártico. Conecta el mar de Kara con el estrecho de Bering y reduce en casi un 40% la distancia entre Asia y Europa, en comparación con rutas tradicionales como el canal de Suez. El deshielo ha ampliado el tiempo de navegación anual, haciendo posible que esta ruta se abra al comercio internacional (Exner-Pirot, 2016).

Rusia considera estas aguas como parte de su territorio, y exige permisos a barcos extranjeros que quieran usarlas, además de imponer el uso de rompehielos rusos en muchos casos. Esto le permite mantener el control sobre un paso estratégico que desde su punto de vista, forma parte

de su soberanía nacional. Esta postura refleja una lógica que ya había sido descrita por Mackinder, quien sostenía que el dominio de los espacios interiores y de sus rutas de conexión eran clave para la supremacía geopolítica (Mackinder, 1904).

Para garantizar el funcionamiento de la RMN, Rusia ha modernizado puertos como Murmansk y Sabetta, y ha invertido en astilleros y terminales árticas. También posee la mayor flota de rompehielos del mundo, incluyendo unidades nucleares que pueden operar en condiciones extremas. Esta infraestructura no solo facilita la exportación de recursos, sino que refuerza su capacidad de proyección en el Ártico (Brzezinski, 1997).

La cooperación con China ha reforzado aún más esta estrategia ya que a través de la Ruta de la Seda Polar, ambos países conectan sus intereses logísticos y económicos. Para Rusia, significa una vía de salida hacia Asia, y para China, una ruta menos vulnerable a bloqueos marítimos. Esta estrategia responde a lo que se denomina una “comunidad de seguridad regional”, donde los actores comparten amenazas y oportunidades sin necesidad de alianzas formales (Buzan & Wæver, 2003). A pesar de las ventajas, la Ruta Marítima del Norte todavía enfrenta muchos desafíos como las condiciones climáticas extremas, la infraestructura terrestre limitada y las sanciones que impiden el acceso a tecnología occidental. Rusia ha buscado compensarlo con inversiones de China y Corea del Sur, pero eso también puede aumentar su dependencia exterior (Exner-Pirot, 2016).

3.2. China: expansión económica, tecnológica y diplomática en el Ártico

Aunque China no tiene territorio en el Ártico, ha desarrollado una estrategia clara para aumentar su presencia en la región. Lo ha hecho combinando diplomacia, cooperación científica, inversión económica y participación en foros multilaterales. Su objetivo es posicionarse como un actor relevante en una zona cada vez más estratégica a nivel global. En su Libro Blanco sobre la política ártica, publicado en 2023, el gobierno chino reafirma su compromiso con la “cooperación pacífica”, pero también deja claro que busca rutas de transporte más seguras y acceso a recursos naturales. Uno de los puntos centrales del documento es la promoción de la Ruta de la Seda Polar, un corredor logístico que conecta Asia con Europa a través del Ártico. Para China, esta ruta representa una forma de reducir su dependencia de pasos marítimos controlados por Estados Unidos, como el canal de Suez o el estrecho de Malaca (Shambaugh, 2013; Lasserre et al., 2017).

China se ha autodefinido como un “Estado cercano al Ártico” para justificar su implicación. Lo hace apoyándose en principios del derecho internacional, como la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar. A través de este marco legal, Pekín defiende su derecho a participar en actividades científicas y comerciales en el Ártico. Esta lógica se basa en lo que se denomina poder estructural, la capacidad de moldear las reglas del juego en la economía internacional sin necesidad de confrontación directa (Strange, 1988).

Además de razones legales, China tiene intereses económicos muy concretos, el Ártico alberga minerales como tierras raras, cobalto y níquel, fundamentales para industrias clave como la tecnología verde y los vehículos eléctricos. Según la teoría del sistema-mundo de Immanuel Wallerstein, los Estados que controlan el acceso a recursos esenciales tienden a dominar los flujos económicos globales. China, al invertir en el Ártico, busca evitar quedar en posición de dependencia frente a los países que ya controlan estas materias primas (Wallerstein, 1974).

Pekín ha adoptado una estrategia cautelosa pero a su vez constante. Colabora con universidades, participa en expediciones científicas y financia infraestructuras como puertos y rompehielos. También mantiene relaciones con gobiernos locales, incluso en zonas políticamente sensibles como Groenlandia. Esta aproximación busca construir influencia a largo plazo sin provocar resistencias, reforzando la imagen de China como un actor responsable en la gobernanza global del Ártico (Shambaugh, 2013).

3.2.1. Intereses en recursos y transporte en clave estratégica

China ve los recursos naturales del Ártico como una oportunidad para reducir su dependencia exterior en materias primas esenciales. El país necesita minerales como tierras raras, uranio, níquel o cobalto para sostener su crecimiento industrial y tecnológico, especialmente en sectores como la energía renovable, la defensa o la fabricación de baterías. Este interés se alinea con lo que Michael Klare llama “conflictos del futuro”, centrados no tanto en el territorio, sino en el acceso a recursos vitales (Klare, 2001).

Groenlandia ha sido uno de los principales focos de atención para China. Empresas como Shenghe Resources han intentado invertir en proyectos de tierras raras y uranio en zonas como Kvanefjeld. Aunque varios gobiernos han bloqueado estas iniciativas por motivos estratégicos, China sigue activa en la zona mediante acuerdos con universidades y centros de investigación. Esta estrategia refleja una política de influencia blanda que busca mantener una presencia constante, aunque discreta (Riddervold, 2021).

En el Ártico ruso, la situación es diferente. China ha logrado consolidarse como un socio clave en proyectos como Yamal LNG y Arctic LNG 2. Estas inversiones no solo aseguran el suministro de gas natural, sino que permiten a Pekín adquirir experiencia en ingeniería y logística en entornos extremos. Esta forma de actuación responde a una lógica geoeconómica: usar la economía como instrumento de influencia política, sin necesidad de recurrir a la confrontación militar (Luttwak, 1990).

La dimensión logística es igual de importante. El deshielo del Ártico ha abierto rutas marítimas que pueden acortar los trayectos entre Asia y Europa en un 30–40%. Para China, esto reduce la exposición a cuellos de botella como el canal de Suez o el estrecho de Malaca, donde la influencia de Estados Unidos es fuerte. Al participar en infraestructuras árticas como rompehielos, puertos y sistemas de navegación, China busca construir una red comercial segura

y directa con Europa. Más allá del comercio, estas rutas también tienen un valor estratégico. Permiten a China extender su influencia hacia el norte de Europa y los países bálticos, donde la economía depende cada vez más del comercio marítimo. La cooperación con Rusia ha facilitado este proceso, ya que ambos países tienen interés en crear rutas alternativas al control occidental. Este tipo de estrategia se basa en una interdependencia funcional, donde los beneficios mutuos reducen las tensiones políticas a cambio de estabilidad económica (Defraigne, 2022).

3.2.2. La “Ruta de la Seda Polar” y su proyección geopolítica

Como he mencionado a lo largo del trabajo, la Ruta de la Seda Polar es una de las piezas centrales de la política ártica de China. Desde que se anunció oficialmente en el Libro Blanco de 2018, el objetivo ha sido claro, conectar el noreste de Asia con el norte de Europa utilizando la Ruta Marítima del Norte y reforzar la cooperación con Rusia. Para China, no se trata solo de comercio, sino de ganar influencia en una región clave del sistema internacional (Economy, 2018).

La iniciativa incluye inversiones en puertos, rompehielos, estaciones científicas y proyectos de transporte. En países como Islandia, Noruega y Rusia, China ha financiado infraestructuras que mejoran su capacidad logística y su acceso a datos meteorológicos y de navegación. Esta red de acuerdos crea una base operativa para futuras actividades económicas, pero también le otorga una posición preferente en la toma de decisiones sobre el Ártico (Middleton, 2019).

El planteamiento chino encaja con la lógica de la “diplomacia de la conectividad”, que describe Parag Khanna. En lugar de basarse en el poder militar, China expande su influencia construyendo redes de transporte, energía y datos que le permiten establecer relaciones estables con otros países. En el Ártico, esto se traduce en una presencia constante y estructurada, sin necesidad de confrontación directa. Esta estrategia también tiene un componente normativo. China busca participar en la creación de nuevas reglas internacionales sobre la gobernanza del Ártico, aprovechando su estatus de observador en el Consejo Ártico. Aunque defiende el respeto a la soberanía nacional, también insiste en el derecho a participar en aguas internacionales y zonas comunes, basándose en el derecho internacional. Esto desafía, de forma indirecta, el orden liberal tradicional que ha estado dominado por las potencias occidentales desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (Khanna, 2016; Ikenberry, 2011).

Al mismo tiempo, la Ruta de la Seda Polar fortalece la relación con Rusia. Ambos países comparten intereses logísticos y económicos, y están alineados en su deseo de crear un orden internacional más multipolar. Esta cooperación les permite reducir su dependencia de corredores controlados por Occidente y ofrecer alternativas que conecten Asia y Europa bajo sus propios términos (Economy, 2018).

Capítulo 4. Cooperación chino-rusa: ¿alianza estratégica o pragmatismo coyuntural?

4.1. Factores que impulsan la cooperación bilateral

La cooperación entre Rusia y China en el Ártico no se basa en una alianza formal ni en una visión compartida del mundo, sino en una confluencia de intereses prácticos que ha ido fortaleciéndose en los últimos años. Ambos países enfrentan presiones externas similares, comparten objetivos estratégicos a largo plazo y encuentran en el Ártico un espacio útil para actuar con más margen frente a las limitaciones impuestas por los equilibrios tradicionales del sistema internacional. Este acercamiento se sostiene sobre factores políticos, económicos y técnicos que hacen que trabajar juntos sea más beneficioso que actuar por separado. Uno de los elementos clave que impulsa esta relación es la presión externa ejercida por Estados Unidos y sus aliados. Desde 2014, las sanciones impuestas a Rusia por la crisis en Ucrania han limitado su acceso a financiación, tecnología e inversión occidental, especialmente en sectores como el energético, la defensa o el transporte. Ante este aislamiento, China ha aparecido como una alternativa viable y, en muchos casos, necesaria. Cuenta con capital, capacidades tecnológicas y voluntad de cooperación sin imponer condiciones políticas. En paralelo, China también ha intensificado su rivalidad con Estados Unidos, en sectores como la tecnología, el comercio o la seguridad regional en Asia. Esta situación ha llevado a Pekín a buscar socios que le ayuden a reducir su dependencia de Occidente y a consolidar un orden internacional más abierto a su influencia. En este contexto, Rusia se presenta como un aliado útil: ofrece recursos naturales, rutas estratégicas y experiencia operativa en el Ártico (Madueño-Álvarez, 2024; Morales, 2023).

Otro factor que explica esta cooperación es la complementariedad de capacidades entre ambos países. Rusia posee recursos energéticos abundantes, infraestructura militar consolidada en el Ártico y una larga tradición operativa en entornos hostiles. Sin embargo, carece de acceso a ciertas tecnologías civiles, de capital extranjero y de redes logísticas modernas. China, por el contrario, dispone de recursos financieros, capacidades industriales avanzadas y experiencia en logística comercial a gran escala. Esta combinación ha permitido la puesta en marcha de proyectos conjuntos como Yamal LNG, Arctic LNG 2, y el desarrollo de puertos, rutas marítimas y otras infraestructuras de transporte conectadas con la Ruta Marítima del Norte (López-Ibor Mayor, 2015).

Ambos países también mantienen posiciones compatibles en términos legales y diplomáticos. China no forma parte del grupo de Estados árticos, pero defiende el acceso libre a las aguas internacionales del Ártico y promueve su participación en la gobernanza regional. Rusia reafirma su soberanía sobre las zonas marítimas y la plataforma continental, pero reconoce que necesita apoyo externo para sostener su presencia económica en el norte. Esta coincidencia ha dado lugar a un marco de entendimiento práctico, en el que cada país respeta los intereses del otro y establece mecanismos de cooperación adaptados al contexto polar. En el sector energético, la relación bilateral se ha intensificado de forma estructural. Rusia ha redirigido parte de su producción de gas hacia el mercado asiático, tras el cierre de rutas tradicionales

hacia Europa. China, por su parte, ha aumentado sus inversiones en proyectos rusos no solo por interés económico, sino también por razones de seguridad energética. El acceso a fuentes estables de gas natural y petróleo refuerza la autonomía estratégica de Pekín en un escenario global cada vez más incierto. Este flujo de recursos y capital no ha llevado a una alianza formal, pero sí ha creado una red densa de interdependencia práctica (Madueño-Álvarez, 2024).

La logística es otro ámbito central de esta cooperación. La Ruta Marítima del Norte ofrece a China una salida comercial hacia Europa que evita pasos dominados por potencias hostiles. Para Rusia, esta ruta significa la posibilidad de convertir su litoral ártico en un eje de crecimiento económico. Ambos gobiernos han promovido la integración de esta ruta en los corredores logísticos chinos, y han comenzado a coordinar su gestión técnica y operativa para facilitar la navegación en condiciones difíciles (Morales, 2023).

Por último, ambos países comparten una visión parecida sobre cómo debería organizarse el sistema internacional. Defienden la soberanía nacional, rechazan la injerencia externa y critican la hegemonía de las instituciones multilaterales dominadas por Occidente. En ese sentido, el Ártico se convierte en un espacio de ensayo para nuevos modelos de cooperación. Desde la perspectiva del realismo estructural, este acercamiento puede entenderse como una forma de bandwagoning táctico: dos potencias que no son dominantes en el sistema internacional refuerzan sus lazos para contrarrestar la presión de Estados Unidos y sus aliados. En marzo de 2024, ambos países firmaron un acuerdo para crear un Grupo de Trabajo Conjunto sobre la Ruta Marítima del Norte. Este órgano coordina inversiones, tecnología de navegación y planificación de infraestructuras. El acuerdo incluye el uso compartido de rompehielos, la modernización de puertos clave como Sabetta y Murmansk, y la integración de la NSR en la Ruta de la Seda Polar. El objetivo es claro, consolidar un corredor comercial estable, menos expuesto a riesgos en zonas de conflicto como el Indo-Pacífico. Este tipo de iniciativas refleja la orientación pragmática de la cooperación sino-rusa en el Ártico y su deseo de convertir la región en una plataforma común para ampliar su influencia. (Waltz, 1979).

4.2. Proyectos conjuntos: energía, transporte e infraestructuras

La cooperación entre Rusia y China en el Ártico no se limita a declaraciones diplomáticas. Se traduce en proyectos concretos que abarcan tres áreas clave: la energía, el transporte marítimo y las infraestructuras. Estas iniciativas se han desarrollado sobre todo a partir de 2014, cuando las sanciones occidentales forzaron a Rusia a buscar nuevos socios, y cuando China intensificó su necesidad de asegurar el suministro de recursos y rutas logísticas estables para su economía. Desde el inicio de esta colaboración, los jefes de Estado de ambos países han respaldado de forma explícita su cooperación ártica. En abril de 2019, durante el Foro de la Franja y la Ruta en Pekín, Vladimir Putin y Xi Jinping acordaron incluir el Ártico dentro del marco de conectividad global propuesto por China. Identificaron los proyectos energéticos y de

transporte en las regiones de Yamal y Gyda como áreas prioritarias. Más tarde, en febrero de 2022, días antes del inicio de la guerra en Ucrania, ambos líderes firmaron una declaración conjunta que ampliaba su cooperación estratégica “sin límites”. Aunque el documento no mencionó de forma explícita el Ártico, los compromisos en sectores clave como la energía y la infraestructura se aplican directamente a esa región (Gabuev, 2020; Pifer, 2022).

Uno de los proyectos más visibles es Yamal LNG, una planta de licuefacción de gas natural construida en la península de Yamal. Estando operada por la empresa rusa Novatek, la planta comenzó a funcionar en 2017 y supuso una inversión de más de 27.000 millones de dólares. Las empresas chinas CNPC y el fondo de la Ruta de la Seda financiaron cerca del 30% del proyecto. Esta inversión permitió a Rusia esquivar las restricciones de crédito y tecnología impuestas por las sanciones europeas y estadounidenses. Para China el proyecto aseguró el acceso a gas natural licuado en condiciones favorables y dio entrada directa a la cadena de valor del gas, desde la producción hasta la distribución y el transporte. China también firmó contratos de compra de gas a largo plazo, con plazos de entre 15 y 20 años. Esta estrategia busca reducir la dependencia del gas que atraviesa rutas más expuestas a bloqueos. Arctic LNG 2, también gestionado por Novatek, trabaja acorde a este modelo. Está ubicado en la península de Gyda y emplea plataformas flotantes diseñadas para funcionar en condiciones extremas. Las empresas CNOOC y CNPC poseen un 20% del proyecto y han contribuido con componentes industriales fabricados en China. El objetivo es producir cerca de 20 millones de toneladas de gas natural licuado al año, lo que fortalecería la posición de Rusia como segundo exportador mundial de este recurso, tan solo por detrás de Catar (Madueño-Álvarez, 2024).

En el sector del petróleo, el proyecto Vostok Oil, promovido por Rosneft, ha despertado el interés de China. El complejo está situado en la región de Taimyr y busca explotar grandes reservas de crudo en condiciones extremas. Aunque la participación china todavía es menor que en los proyectos de gas, la presencia de empresas, diplomáticos y fondos chinos en foros energéticos rusos indica que Pekín considera este tipo de cooperación estratégica. China no solo busca ampliar sus fuentes de abastecimiento, sino también diversificar su cartera de inversiones en hidrocarburos.

El segundo eje de colaboración es el transporte marítimo, especialmente el desarrollo de la Ruta Marítima del Norte (RMN). Esta vía conecta el mar de Kara con el estrecho de Bering, reduciendo hasta un 40% el tiempo de navegación entre Asia oriental y Europa occidental en comparación con el canal de Suez. Rusia considera la RMN como parte de sus aguas interiores, mientras que China la ve como un corredor clave dentro de su Ruta de la Seda Polar (Romero Junquera, 2022).

La participación de China en esta ruta comenzó con el paso del rompehielos Xue Long en 2013, desde entonces China ha aumentado su actividad marítima en la región. En 2021, más de 33 millones de toneladas de mercancías transitaban por la RMN, una cifra que aún queda por debajo de otras rutas globales, pero que muestra un crecimiento sostenido. Pekín ha firmado acuerdos con Rusia para usar puertos como Murmansk, Arkhangelsk y Sabetta. Además, ha financiado obras portuarias, ha colaborado en la construcción de rompehielos y ha añadido esta

ruta en sus planes logísticos nacionales. La RMN ofrece una vía de navegación más rápida y menos vulnerable a bloqueos como los que podrían producirse en el estrecho de Malaca o el canal de Suez. (Morales, 2023)

El tercer ámbito de cooperación es la infraestructura. China ha participado en la construcción de puertos, terminales de carga, plantas de procesamiento y bases logísticas en el Ártico ruso. Un ejemplo claro es el puerto de Sabetta, edificado con apoyo chino, que hoy funciona como nodo principal para la exportación de gas natural licuado. Además, el puerto está conectado a líneas ferroviarias y cuenta con tanques y sistemas diseñados para operar durante todo el año. Rusia aporta su flota de rompehielos, que es la mayor del mundo. Esta incluye barcos de propulsión nuclear como el “Arktika”, capaces de abrir paso en condiciones extremas. China, aunque no dispone de medios equivalentes, ha comenzado a construir su propia flota polar. Su rompehielos Xue Long 2, operativo desde 2018, permite mantener actividades científicas y logísticas tanto en el Ártico como en la Antártida (Fernández, s.f.).

La colaboración no se limita a barcos o instalaciones físicas. China también ha enviado turbinas, maquinaria pesada, módulos prefabricados y sistemas de comunicación a proyectos en el Ártico ruso. Estas entregas han sido esenciales para sustituir tecnología occidental, retirada tras las sanciones. En este proceso, ambas partes han reforzado sus capacidades técnicas. Rusia mantiene su superioridad en navegación ártica, y China avanza hacia una mayor autonomía industrial en regiones polares. Estos proyectos muestran una forma de cooperación sólida y orientada a objetivos comunes. No existe una alianza política formal, pero sí una red de colaboración que cubre sectores clave. Esta relación se basa en la utilidad mutua y en la necesidad de hacer frente a un entorno internacional que cambia constantemente, marcado por tensiones con Occidente y por la transformación del Ártico en una región estratégica de primer orden. (Botvinnik et al., 2021; Cui, 2023)

4.3. Límites, tensiones y contradicciones en la relación

La cooperación entre Rusia y China en el Ártico avanza en varios frentes, pero no está exenta de tensiones. Aunque existen acuerdos sólidos en materia energética y logística, también hay desacuerdos de fondo que dificultan una alianza estratégica duradera. Estas diferencias no son solo puntuales o técnicas. Responden a visiones distintas del papel que cada país debe desempeñar en la región, y reflejan una relación basada más en la conveniencia que en una confianza estructural.

Para Rusia, el Ártico es una extensión natural de su territorio. Forma parte de su identidad geopolítica y estratégica desde tiempos soviéticos. Moscú ha invertido grandes recursos en reforzar su presencia militar, científica y logística en la región. Ha aprobado leyes específicas para controlar el tránsito marítimo y ha presentado reclamaciones territoriales ante la ONU para extender su jurisdicción sobre la plataforma continental. Esta visión territorial choca con

el enfoque chino, más global y abierto. Aunque China no tiene costa ártica, se autodefine como “Estado cercano al Ártico” y actúa con el objetivo de ser reconocido como un actor legítimo. Su estrategia combina diplomacia, ciencia, inversiones e integración institucional, sin desafiar directamente la soberanía de los Estados ribereños. (Madueño-Álvarez, 2024).

Sin embargo, la magnitud del capital chino invertido en proyectos clave como Yamal LNG o Arctic LNG 2 ha generado recelos en Moscú. Sectores del gobierno ruso consideran que esta dependencia financiera puede traducirse, con el tiempo, en una pérdida de autonomía sobre recursos e infraestructuras críticas. Aunque la cooperación beneficia a ambas partes, para Rusia la creciente presencia de Pekín también representa un riesgo. Algunos analistas rusos advierten que lo que empezó como una solución frente al aislamiento occidental podría convertirse en una nueva forma de vulnerabilidad (Romero Junquera, 2022).

También hay tensiones en el plano institucional, Rusia es miembro fundador del Consejo Ártico, lo que le permite influir en la definición de políticas regionales. China, en cambio, solo tiene estatus de observador desde 2013. Esta diferencia refuerza la posición dominante de Rusia en los foros multilaterales sobre el Ártico y limita la capacidad de China para intervenir directamente. Como respuesta, Pekín ha impulsado acuerdos bilaterales fuera de estos marcos, con el objetivo de consolidar su presencia mediante otros canales.

En el ámbito jurídico, las divergencias son claras, Rusia ha establecido una legislación que regula el uso de la Ruta Marítima del Norte. Exige notificación previa a los buques extranjeros, impone tarifas y obliga a contratar rompehielos rusos. Moscú basa esta regulación en una interpretación restrictiva de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar. China, a diferencia de Rusia, defiende el principio de libre navegación y promueve una visión más multilateral del Ártico. Aunque no ha criticado abiertamente la postura rusa, esta diferencia de interpretación jurídica introduce un elemento de fricción que puede complicar futuros acuerdos. Si China presiona para ampliar la gobernanza internacional sobre el Ártico, Rusia podría verlo como una amenaza directa a su soberanía (Morales, 2023).

La relación económica también presenta desequilibrios. Las sanciones occidentales obligaron a Rusia a recurrir a China para sostener sus proyectos energéticos en el Ártico. Esto ha otorgado a Pekín ventajas considerables como acceso a recursos estratégicos, participación en proyectos de alto valor y una posición creciente en la infraestructura ártica. Esta situación, que algunos expertos rusos han calificado como una “dependencia oriental”, sustituye la tradicional conexión energética con Europa por una nueva relación asimétrica con China. Aunque el vínculo ha sido útil para ambos, también ha reforzado las dudas sobre quién tiene el control efectivo de los activos clave en el Ártico (Madueño-Álvarez, 2024).

La cooperación sino-rusa en el Ártico no se apoya en estructuras institucionales estables, no existe un tratado bilateral que regule sus compromisos ni un mecanismo formal de gobernanza conjunta. La mayoría de los acuerdos tienen carácter técnico, se firman entre empresas o agencias específicas y dejan un amplio margen de maniobra a cada parte. Esta falta de institucionalización permite flexibilidad, pero también refleja la desconfianza mutua y el deseo

de mantener plena autonomía. Rusia insiste en su soberanía territorial, y China actúa con cautela proyectando una imagen de cooperación dentro del marco de su Iniciativa de la Franja y la Ruta, pero sin atarse a compromisos duraderos. La falta de institucionalidad no es un simple vacío legal, muestra una diferencia profunda en la forma de entender la cooperación. Para Rusia, el control de su territorio ártico es una cuestión estratégica innegociable, mientras que para China el Ártico es una vía para ampliar su influencia global sin provocar confrontaciones directas. Esta diferencia en las prioridades hace difícil pensar en una alianza estructurada a largo plazo. La relación se mantiene gracias a intereses comunes, pero no resuelve las contradicciones de fondo. Desde la perspectiva del realismo, esta cooperación se explica como un cálculo racional, ambos países buscan maximizar su poder y proteger sus intereses frente a Occidente, pero también buscan evitar una dependencia excesiva. La soberanía, el control de los recursos y la libertad de acción siguen siendo límites que ninguno está dispuesto a ceder. A pesar del crecimiento de los proyectos conjuntos, la cooperación en el Ártico sigue siendo funcional, no estructural, y sus avances conviven con tensiones que podrían intensificarse si cambian las condiciones internacionales. (Fernández, s.f.)

Capítulo 5. El Ártico como campo de competencia global: reacciones internacionales

5.1. Reacciones de Occidente: OTAN, UE y Estados Unidos

El avance estratégico de Rusia y China en el Ártico ha llevado a una reacción por parte de las potencias occidentales. La OTAN, la Unión Europea y Estados Unidos han empezado a ajustar sus estrategias ante la nueva relevancia geopolítica de esta región. El deshielo ha facilitado el acceso a recursos energéticos y ha habilitado rutas marítimas que acortan el trayecto entre Asia y Europa. Este cambio ha transformado al Ártico en un espacio de alto valor estratégico, lo que ha provocado que Occidente busque mantener su influencia y garantizar la seguridad y libre navegación en la zona. La OTAN, que hasta hace poco no consideraba el Ártico una prioridad, ha cambiado su postura. El crecimiento militar de Rusia en el norte y su colaboración con China, ha obligado a la Alianza a prestar más atención a esta región. La entrada de Finlandia y Suecia ha reforzado su capacidad para vigilar el mar de Barents y las rutas del Atlántico Norte. Según Rodríguez-Villa Matons (2023), la OTAN ha actualizado su doctrina defensiva y ha llevado a cabo maniobras como “Cold Response”, con más de 35.000 soldados en 2022. Estas operaciones no solo entrenan a sus tropas para actuar en condiciones extremas, sino que también refuerzan su presencia como actor de seguridad. Además, la organización ha empezado a invertir en tecnologías específicas para el entorno polar, incluyendo drones de vigilancia y sistemas de defensa aérea diseñados para soportar temperaturas muy bajas (Reuters, 2024).

Esta estrategia no busca únicamente contener una posible acción rusa, también pretende proteger rutas comerciales esenciales. La OTAN entiende que la seguridad del Ártico está

ligada a los intereses económicos de sus miembros. Por eso, su postura actual combina defensa y protección del comercio, en un contexto donde el Ártico ya no se percibe como un espacio periférico.

La Unión Europea ha intentado equilibrar su compromiso medioambiental con su interés creciente en el Ártico. Aunque no tiene soberanía directa en la región, participa a través de sus Estados miembros nórdicos y de su política climática. Su Estrategia Ártica de 2021 reafirma su apoyo al desarrollo sostenible y la defensa del medio ambiente. También reconoce que el Ártico se ha convertido en un eje estratégico global. Sin embargo, la consolidación de alianzas entre Rusia y China ha puesto en duda la capacidad de la UE para influir de forma efectiva. Brzozowski advierte que la falta de medios militares propios obliga a Bruselas a apoyarse en su poder normativo y en la colaboración con socios como Estados Unidos y Canadá. Aunque este enfoque prioriza la diplomacia y la cooperación ambiental, podría resultar insuficiente frente a una competencia que ya es de carácter estratégico. (European External Action Service, 2021; Brzozowski, 2024)

Estados Unidos ha adoptado una postura más activa, su departamento de defensa ha declarado el Ártico como una prioridad de seguridad nacional. Washington considera que la cooperación entre Moscú y Pekín podría limitar el acceso libre a rutas y recursos estratégicos. Como reacción, ha reforzado su despliegue militar en la región, ha modernizado instalaciones como la base aérea de Thule en Groenlandia y ha ampliado su vigilancia aérea y marítima. Esta respuesta se alinea con la lógica del equilibrio de poder. Estados Unidos busca frenar el ascenso de nuevos bloques estratégicos en zonas clave del sistema internacional. Aparte de lo militar, Estados Unidos ha apostado por una combinación de diplomacia climática, inversiones sostenibles y cooperación con comunidades indígenas. Esta estrategia, según el Arctic Institute, pretende mostrar a Estados Unidos como un actor equilibrado que no solo defiende sus intereses, sino que también promueve un modelo de gobernanza basado en el derecho internacional y el desarrollo responsable. (U.S. Department of Defense, 2024)

A pesar de las diferencias entre OTAN, UE y Estados Unidos, todos coinciden en tres objetivos; mantener el acceso libre al Ártico, preservar el equilibrio de poder y evitar que la región se convierta en un espacio de conflicto. La estrategia estadounidense más reciente identifica la cooperación sino-rusa como un desafío emergente que puede afectar a la estabilidad del Atlántico Norte. Por eso ha incrementado su presencia militar, activado bases como la de Thule y reforzado el mando conjunto con Canadá a través del NORAD. También ha intensificado ejercicios militares como Arctic Edge, con el objetivo de garantizar la libre navegación y disuadir cualquier intento de control exclusivo. (U.S. Department of Defense, 2024)

Occidente observa con preocupación la posibilidad de que la infraestructura rusa en el Ártico se use con fines militares. Aunque China no ha adoptado un enfoque militarizado, su colaboración con Rusia en puertos y logística ha generado dudas sobre el posible uso dual de estas instalaciones. Hasta ahora, no existe una cooperación militar formal entre Rusia y China en la región, lo que sugiere que Moscú sigue decidida a mantener el control defensivo en solitario. (Conley et al., 2021; Sørensen & Klimenko, 2017)

Otros países asiáticos también han mostrado interés en el Ártico. Japón ha incorporado la región en su Tercer Plan Básico de Política Oceánica (Government of Japan, 2023), con el objetivo de asegurar rutas y participar en investigaciones científicas. India ha publicado su primera política ártica en 2022, centrada en la diplomacia climática y la ciencia polar. Estos movimientos refuerzan la dimensión global del interés por el Ártico y confirman su papel como nuevo eje geopolítico del siglo XXI. (Government of Japan, 2023; Ministry of Earth Sciences, 2022)

5.2. Consecuencias para la gobernanza del Ártico

La competencia geopolítica en el Ártico ha cambiado de forma notable las reglas que, hasta hace poco, guiaban la cooperación en la región. Durante muchos años, este espacio fue visto como un área secundaria en las relaciones internacionales. La mayoría de los acuerdos entre Estados se centraban en temas científicos, ambientales o de desarrollo regional. Ahora, con el deshielo, la posibilidad de explotar grandes reservas de recursos naturales y la apertura de nuevas rutas marítimas, el Ártico ha pasado a ocupar un lugar central en las estrategias de las grandes potencias. Esto ha dado lugar a tensiones que afectan directamente a los marcos institucionales ya existentes y que dificultan una gestión colectiva y estable (European External Action Service, 2021).

El Consejo Ártico, creado en 1996, ha sido hasta ahora el principal foro para la cooperación entre los Estados con intereses en la región. Su trabajo se ha centrado en promover la investigación científica, el respeto por el medio ambiente y el desarrollo de las comunidades locales. Sin embargo, este foro no tiene competencias sobre temas militares ni de seguridad. Esta limitación lo ha dejado sin herramientas para responder ante el aumento de tensiones entre los Estados miembros. La suspensión temporal de sus actividades tras la invasión rusa de Ucrania en 2022 puso en evidencia su fragilidad. Varios países se negaron a seguir colaborando con Rusia dentro del Consejo, lo que paralizó muchos proyectos y debilitó su papel como espacio de diálogo multilateral (Rodríguez-Villa Matons, 2023).

El vacío dejado por la inactividad del Consejo ha sido ocupado por acuerdos bilaterales o entre pequeños grupos de países. Esto ha llevado a una gobernanza fragmentada, donde cada Estado actúa por su cuenta o busca alianzas concretas. Esta dinámica reduce las posibilidades de cooperación colectiva y limita la capacidad de crear reglas compartidas. A medida que crece la presencia militar y económica de varias potencias, el riesgo de que la región se transforme en un espacio competitivo y con reglas poco claras es cada vez mayor (The Arctic Institute, 2024).

En este contexto, algunos Estados han decidido reforzar sus propias leyes para asegurar el control sobre zonas estratégicas. Rusia, por ejemplo, ha aprobado normas que exigen a los buques extranjeros avisar antes de cruzar la Ruta Marítima del Norte y contratar servicios rusos de escolta. Esta política busca asegurar el dominio sobre una ruta clave para el comercio y la exportación de gas. Canadá ha adoptado una postura similar respecto al paso del Noroeste, al

considerarlo parte de sus aguas interiores. Además, ha invertido en vigilancia aérea, monitoreo ambiental y capacidades militares. Estas medidas refuerzan la idea de que los Estados ribereños están apostando por marcos jurídicos nacionales en lugar de depender de mecanismos multilaterales (U.S. Department of Defense, 2024; Brzozowski, 2024).

El resultado de esta tendencia es un sistema legal cada vez más confuso, donde conviven normas nacionales, acuerdos puntuales y principios generales del derecho internacional. Esta superposición de reglas crea incertidumbre y hace más difícil resolver conflictos sobre fronteras, tránsito marítimo o explotación de recursos. A largo plazo, esta situación puede afectar la estabilidad de toda la región, al reducir la confianza entre los actores implicados (Rodríguez-Villa Matons, 2023).

Otro elemento que complica la gobernanza es la posición de los actores no ribereños. China, que desde 2013 tiene estatus de observador en el Consejo Ártico, ha tratado de ampliar su influencia a través de proyectos científicos, inversión en infraestructuras y participación en debates internacionales. Sin embargo, sigue sin poder tomar decisiones dentro del Consejo. Rusia y Canadá, entre otros, han mostrado reservas ante una mayor implicación china, por temor a perder control sobre sus áreas de influencia. La Unión Europea ha sufrido bloqueos similares. Aunque tiene un papel importante en la financiación de programas ambientales y científicos, no ha logrado convertirse en observador permanente por diferencias políticas con algunos Estados miembros. Esta exclusión limita la capacidad de estos actores para participar en la regulación del Ártico, a pesar de sus contribuciones técnicas y económicas (Morales, 2023).

La falta de integración de actores clave como China o la Unión Europea refuerza la fragmentación del sistema. En lugar de avanzar hacia una estructura común que defina normas para todos, el sistema actual favorece las estrategias individuales. Esto complica el establecimiento de reglas claras sobre la explotación de los recursos, el uso de las rutas marítimas y la protección ambiental. Si no se logran acuerdos más inclusivos, el Ártico corre el riesgo de convertirse en un espacio de competencia sin reglas compartidas (European External Action Service, 2021).

Frente a esta situación, algunos expertos han planteado soluciones. Una opción sería reformar el Consejo Ártico para hacerlo más flexible y permitir la incorporación de nuevos actores sin afectar el papel de los Estados con costa en la región. Otra propuesta es negociar un tratado específico para el Ártico, inspirado en el modelo antártico, que prohíba la militarización y garantice la protección del medio ambiente. Sin embargo, estas ideas enfrentan una fuerte oposición. Rusia y Canadá, por ejemplo, rechazan cualquier acuerdo que pueda limitar su soberanía sobre sus territorios o aguas (The Arctic Institute, 2024).

En ausencia de reformas, el sistema corre el riesgo de fragmentarse aún más. Las disputas por fronteras, el desarrollo de infraestructuras sin coordinación y la falta de transparencia en el acceso a los recursos pueden minar la confianza entre los Estados. Esto no solo afectaría la

estabilidad geopolítica, sino también los esfuerzos globales para proteger el medio ambiente polar y frenar los efectos del cambio climático (U.S. Department of Defense, 2024).

También es importante mencionar el impacto de este modelo sobre las comunidades indígenas. Las grandes infraestructuras, como Yamal LNG, han alterado las rutas tradicionales de pueblos como los nenets en Siberia. Estos proyectos se han desarrollado sin una consulta real a las poblaciones locales. Esto muestra que la expansión económica en el Ártico, lejos de ser inclusiva, puede reproducir dinámicas de exclusión y marginación social (Arctic Council Indigenous Peoples' Secretariat, 2023). La gobernanza del Ártico atraviesa un momento crítico, la competencia entre potencias, la debilidad del Consejo Ártico y la falta de un marco legal común están creando un entorno inestable. Si no se avanza hacia soluciones compartidas y mecanismos inclusivos, el riesgo de que el Ártico se convierta en un espacio de conflicto aumentará. A pesar de las dificultades, aún hay margen para construir una cooperación más equilibrada, siempre que exista la voluntad política de los actores implicados (Rodríguez-Villa Matons, 2023; The Arctic Institute, 2024).

Capítulo 6. Marco Práctico: Evidencia empírica de la relación sino-rusa en el nuevo orden internacional.

El objetivo de este capítulo es aportar una base empírica al análisis de la relación entre China y Rusia dentro del actual contexto geopolítico internacional. A lo largo del trabajo se ha planteado que ambos países mantienen una relación estratégica orientada a disputar el liderazgo global de Estados Unidos y a cuestionar el orden liberal internacional surgido tras la Guerra Fría. Sin embargo, hasta ahora este planteamiento ha estado apoyado principalmente en el análisis teórico. Por ello, este nuevo capítulo incorpora elementos concretos, tratados bilaterales, datos económicos, discursos políticos y percepción pública que permiten observar cómo se materializa dicha relación en la práctica.

Este marco práctico se construye a partir de una selección de fuentes secundarias relevantes, así como documentos oficiales y datos cuantitativos, que permiten evaluar de forma más precisa la evolución del vínculo sino-ruso. La evidencia presentada demuestra que, aunque no existe una alianza formal, China y Rusia han desarrollado una cooperación sistemática basada en intereses compartidos y reforzada por el contexto de conflicto con Occidente (Milosevich, 2024; Gabuev, 2024). A través de este análisis se busca responder de forma más sólida a la pregunta central de la investigación: ¿qué tipo de relación existe realmente entre China y Rusia y cuál es su impacto en el orden internacional?

Este capítulo, por tanto, no solo añade profundidad empírica al trabajo, sino que también permite contrastar los marcos teóricos utilizados con la realidad observable, especialmente en áreas clave como la seguridad, la economía y la diplomacia internacional.

6.1 Evolución empírica de la cooperación entre Rusia y China (1991–2024)

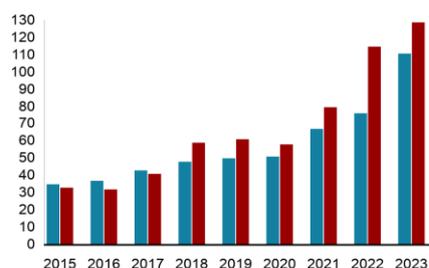
Desde el colapso de la Unión Soviética en 1991, las relaciones entre Rusia y China han evolucionado desde una desconfianza mutua hacia una asociación estratégica estructurada. Este proceso ha estado condicionado tanto por transformaciones internas como por el entorno internacional, y se ha desarrollado en tres grandes fases: reconciliación (1991–2001), institucionalización (2001–2014) y consolidación estratégica (2014–2024). Durante la década de 1990, ambos países priorizaron la normalización de relaciones tras décadas de tensiones ideológicas y conflictos fronterizos. La visita de Jiang Zemin a Moscú en 1991 marcó el inicio de una etapa de cooperación diplomática que culminó con la firma del Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa en 2001. Este tratado constituyó el primer pilar jurídico estable de la relación bilateral, destacando el principio de no injerencia y el respeto mutuo por los intereses estratégicos (Lo, 2008).

A partir de 2001, la cooperación se profundizó con la creación de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), con sede en Pekín y una clara orientación en seguridad regional y lucha contra el extremismo. Aunque inicialmente centrada en Asia Central, la OCS ha servido de plataforma para fortalecer la coordinación político-militar entre Moscú y Pekín. Además, el comercio bilateral comenzó a crecer de forma significativa. Según datos del Banco Mundial y la UNCTAD, entre 2001 y 2013, el comercio entre ambos países pasó de 8.000 millones a más de 90.000 millones de dólares (UNCTAD, 2023).

El creciente comercio de Rusia con China

en US\$ miles de millones

■ Importaciones desde China
■ Exportaciones hacia China



Fuente: Aduanas de China



<https://sl.bing.net/kDxqHBYEz8e>

La anexión de Crimea por parte de Rusia en 2014 y las sanciones occidentales posteriores marcaron el inicio de una tercera fase, caracterizada por una creciente interdependencia entre Moscú y Pekín. A partir de ese momento, Rusia intensificó su giro hacia Asia (“pivot to the East”), mientras que China aprovechó la oportunidad para ampliar su influencia económica y diplomática. El acuerdo para construir el gaseoducto Poder de Siberia, firmado ese mismo año por un valor estimado en 400.000 millones de dólares, simbolizó este acercamiento. En 2019, la relación fue elevada oficialmente a “asociación estratégica integral para una nueva era” (Ministerio de Asuntos Exteriores de China, 2023).

Desde la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022, la relación sino-rusa ha ganado un perfil geopolítico más claro. China no ha condenado la invasión, y aunque ha evitado ofrecer apoyo militar directo, ha mantenido su cooperación económica e incluso ha incrementado sus importaciones de petróleo ruso a precios preferenciales (Hillman, 2020). En 2023, el comercio bilateral superó los 200.000 millones de dólares, con China convirtiéndose en el primer socio comercial de Rusia, por delante de la Unión Europea (UNCTAD, 2023).

A nivel militar, los ejercicios conjuntos como “Misión de Paz 2005”, las maniobras navales en el mar de China Oriental o las patrullas aéreas conjuntas en el Pacífico muestran un creciente grado de coordinación, aunque lejos aún de una alianza militar formal. Al mismo tiempo, las élites políticas de ambos países han intensificado sus contactos: Xi Jinping y Vladímir Putin se han reunido más de 40 veces en la última década, consolidando un canal de comunicación privilegiado (Gabuev, 2024).

La relación sino-rusa se ha transformado en una alianza informal con alta coordinación estratégica y dependencia asimétrica. Mientras Rusia encuentra en China un respaldo económico crucial ante el aislamiento occidental, Pekín obtiene acceso privilegiado a recursos energéticos y gana influencia en Asia Central. Esta cooperación se articula más por necesidad que por afinidad ideológica, y está basada en una lectura compartida del actual orden mundial como injustamente dominado por Occidente (Milosevich, 2024).

6.2 Impacto económico concreto de la guerra de Ucrania en la relación sino-rusa

La guerra en Ucrania ha sido un punto de inflexión en la relación entre Rusia y China, acelerando procesos de dependencia económica que ya estaban en marcha desde la anexión de Crimea en 2014. En términos empíricos, se observa una transformación en la estructura comercial rusa y un reposicionamiento de China como principal socio económico de Moscú. Desde el inicio de la invasión en febrero de 2022, el comercio bilateral entre ambos países se ha disparado. En 2023, el volumen alcanzó los 240.000 millones de dólares, un aumento del 26% respecto al año anterior, según datos oficiales de aduanas chinas. Este incremento se explica, por un lado, por la caída del comercio entre Rusia y Occidente debido a las sanciones, y por otro, por el aumento de las importaciones chinas de petróleo, gas y carbón ruso a precios con descuento. (UNCTAD, 2023)

Este fenómeno ha tenido efectos concretos: Rusia exporta materias primas (70% petróleo y gas), mientras que importa principalmente bienes manufacturados de China (automóviles, electrodomésticos, maquinaria, componentes electrónicos), creando una relación claramente asimétrica. El peso del comercio con China en el total de exportaciones rusas ha pasado del 12% en 2013 al 30% en 2023 (García-Herrero & Milosevich, 2024).

Otro indicador clave es la utilización del yuan en las transacciones internacionales rusas. Antes de 2022, la moneda china apenas se utilizaba en el comercio bilateral. Actualmente, más del

25% de los intercambios comerciales se liquidan en yuanes, según el Banco Central de Rusia, lo que refleja el creciente poder financiero de Pekín. En paralelo, Rusia ha recurrido a bancos chinos para sortear las restricciones del sistema SWIFT, una muestra clara de cómo la infraestructura financiera rusa se ha desplazado hacia el sistema asiático (Hillman, 2020).

En el plano energético, la construcción de nuevos gasoductos como *Poder de Siberia II*, que pretende suministrar hasta 50.000 millones de metros cúbicos de gas natural al año desde Siberia occidental hasta China, refuerza aún más esta dependencia. Aunque este proyecto aún no se ha completado, su simbolismo geopolítico es potente: Rusia busca reemplazar su mercado europeo perdido por uno asiático controlado por Pekín. Además, el precio del gas pactado con China es significativamente inferior al que Rusia cobraba a los países europeos, lo cual refleja la posición negociadora dominante de China (Gabuev, 2024).

Esta dependencia no solo es comercial, sino también tecnológica, ya que desde 2022, China ha aumentado sus exportaciones de bienes de uso dual, como drones o chips electrónicos, que pueden ser utilizados con fines militares. A pesar de las sanciones occidentales, varias empresas chinas han sido identificadas como proveedoras de componentes militares estratégicos a Rusia, creando tensiones con Estados Unidos y la Unión Europea (Sher, 2024). No obstante, esta creciente dependencia no está exenta de tensiones. Rusia teme convertirse en un “vasallo económico” de China, y ha bloqueado algunas adquisiciones chinas en sectores estratégicos, como la energética o la minería. Por ejemplo, en 2023, las autoridades rusas impidieron que la CNPC (China National Petroleum Corporation) adquiriera la petrolera regional Slavonic Oil, por temor a perder soberanía sobre sus recursos energéticos (Milosevich, 2024). La guerra en Ucrania ha hecho que Rusia pierda su capacidad de diversificación económica y acelere su subordinación comercial y financiera a China. Esta dinámica se justifica por necesidad geopolítica, pero los desequilibrios estructurales son evidentes y generan inquietud en Moscú. El Kremlin, aislado de Occidente, ha aceptado esta relación como el precio a pagar por su apuesta revisionista.

6.3 Coordinación estratégica y militar: implicaciones reales del alineamiento sino-ruso

Aunque China y Rusia insisten en que su relación no constituye una alianza militar formal, en la práctica han estrechado de manera considerable su coordinación estratégica y cooperación en materia de defensa. Esta evolución se ha acelerado especialmente tras la invasión de Ucrania, lo que refleja no solo una afinidad política, sino una convergencia táctica frente a lo que ambas potencias consideran la amenaza común del orden liberal occidental. Desde 2005, ambos países han realizado maniobras militares conjuntas en el marco de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) y, más recientemente, en escenarios clave como el mar de Japón, el mar de China Oriental y la región del Ártico. Sin embargo, a partir de 2022, la frecuencia y el alcance de estos ejercicios han aumentado significativamente. En agosto de ese año, Moscú y Pekín realizaron maniobras navales conjuntas con fuego real, involucrando más de 10.000 soldados, aviones de combate y destructores. Estas operaciones, además de mostrar

capacidad militar, tienen un fuerte componente simbólico: visibilizan su disposición a actuar de forma coordinada frente a presiones externas (Lo, 2008; Gabuev, 2024).

Otro aspecto relevante es la intensificación del intercambio de información de inteligencia, entrenamiento conjunto y simulacros en condiciones de guerra híbrida. A pesar de las reticencias históricas de Moscú a compartir tecnología militar avanzada con China, la guerra de Ucrania ha forzado al Kremlin a relajar ciertas líneas rojas. Aunque no existen pruebas concluyentes de que China esté suministrando armas letales a Rusia, algunos informes apuntan al uso por parte del ejército ruso de componentes electrónicos de origen chino en drones y sistemas de comunicación (Sher, 2024). Además, Rusia y China han empezado a coordinar posturas en foros internacionales sobre temas de seguridad. En el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, ambos países han vetado resoluciones que condenaban violaciones de soberanía por parte del otro, consolidando un eje de oposición a las potencias occidentales. Este alineamiento diplomático fortalece sus respectivas agendas nacionales: Rusia se apoya en China para mitigar su aislamiento tras la invasión, mientras que Pekín encuentra en Moscú un socio útil para proyectar poder global sin asumir riesgos directos. Sin embargo, hay límites claros. China sigue evitando implicarse militarmente en la guerra de Ucrania, y no reconoce oficialmente las anexiones rusas en el Donbás. Esta ambigüedad estratégica permite a Pekín mantener cierto margen de maniobra con Europa y EE. UU., preservando su imagen como actor “responsable” del sistema internacional. A la vez, sugiere que la relación sino-rusa está basada más en intereses tácticos que en una verdadera alianza ideológica. (Milosevich, 2024)

La coordinación militar y estratégica entre Rusia y China se ha intensificado, pero sigue estando marcada por la prudencia y el cálculo. No se trata de una alianza como la de la OTAN, sino de una asociación flexible que permite a ambos Estados cooperar sin comprometer su autonomía. No obstante, en el contexto actual de rivalidad geopolítica con Occidente, esta colaboración adquiere un peso significativo en la redefinición del equilibrio de poder global.

6.4 Consecuencias económicas del acercamiento: dependencia asimétrica y beneficios selectivos

El fortalecimiento de la relación entre China y Rusia ha tenido importantes consecuencias económicas, especialmente a partir de la invasión de Ucrania en 2022. Este acercamiento, aunque mutuamente beneficioso en apariencia, está desequilibrado a favor de Pekín. Mientras que China gana acceso preferente a recursos naturales a precios reducidos y amplía su influencia económica sobre Eurasia, Rusia se ve cada vez más limitada en sus opciones debido al aislamiento provocado por las sanciones occidentales. Desde 2014, tras la anexión de Crimea, Rusia empezó un giro hacia Oriente que se ha intensificado tras las sanciones impuestas por EE. UU. y la UE en 2022. Como consecuencia, China se ha convertido en el principal proveedor de bienes manufacturados para Rusia, y también en su mayor comprador de petróleo, gas y carbón. Según datos de UNCTAD, en 2022 las importaciones rusas desde China superaron a las europeas, consolidando una tendencia que se ha reforzado con la

expansión del gasoducto “Poder de Siberia I” y los planes para “Poder de Siberia II” (García-Herrero & Milosevich, 2024).



Ruta poder de Siberia 2- <https://sl.bing.net/i5rFT8hrxJc>

Sin embargo, este comercio no es equilibrado. Rusia exporta principalmente productos energéticos y materias primas, mientras que importa maquinaria, tecnología, productos electrónicos y bienes de consumo. Esta estructura refuerza una dependencia unidireccional, en la que Rusia se asemeja cada vez más a un proveedor subordinado de recursos para una China en expansión. Además, los acuerdos alcanzados en materia energética han forzado a Rusia a aceptar precios más bajos que los previamente negociados con Europa, lo que reduce sus márgenes de beneficio y su capacidad de maniobra financiera (Hillman, 2020).

Otro elemento preocupante para el Kremlin es la creciente penetración de empresas chinas en sectores estratégicos rusos, incluidos transporte, infraestructura y tecnología digital. Si bien esto permite a Rusia compensar parte del aislamiento occidental, también aumenta el riesgo de pérdida de soberanía económica. El gobierno ruso ha vetado algunas adquisiciones chinas por considerar que ponían en riesgo su autonomía, como el intento de la CNPC de comprar Slavonic Oil. No obstante, la falta de financiación externa está dejando pocas alternativas a Moscú (Sher, 2024).

Desde el punto de vista de la población, la situación también es desfavorable. La inflación, impulsada por el gasto militar y las restricciones comerciales, ha deteriorado la capacidad adquisitiva de los hogares rusos. Según datos oficiales, la inflación se situaba en torno al 7% a finales de 2023, aunque algunas estimaciones privadas sugieren cifras aún mayores. Esto, unido a una economía basada casi exclusivamente en el sector energético y sin un modelo de crecimiento sostenible, agrava el deterioro del bienestar de la clase media rusa, que no ha visto mejoras comparables a las registradas en China en las últimas dos décadas. El acercamiento económico entre Rusia y China no es simétrico, Pekín gana influencia y acceso preferencial a recursos estratégicos, mientras que Moscú ve aumentar su dependencia en un contexto de vulnerabilidad estructural. El riesgo para Rusia no es solo económico, sino geopolítico, cuanto

más se debilite su autonomía económica, más difícil será para el Kremlin mantener una política exterior verdaderamente independiente (García-Herrero & Xu, 2019).

6.5 Reflexión del marco práctico: ¿Alianza temporal o estrategia a largo plazo en el Ártico?

A partir del análisis empírico realizado en este capítulo, se puede concluir que la cooperación entre China y Rusia en el Ártico es una alianza más táctica que estratégica. Ambos países han profundizado su relación como respuesta al aislamiento impuesto por Occidente, especialmente después de la anexión de Crimea y la invasión de Ucrania, pero esta cercanía no se traduce en una visión común del futuro del Ártico. La relación se basa en intereses compartidos a corto plazo, no en una integración duradera de objetivos ni estructuras (Gabuev, 2024).

Desde el punto de vista ruso, el acercamiento a China responde a una necesidad urgente de compensar las sanciones occidentales con nuevos socios comerciales e inversores. Rusia ha cedido espacio a China en sectores clave como la energía, pero lo hace desde una posición de debilidad estructural. Su economía depende casi exclusivamente de la exportación de combustibles fósiles y carece de una base industrial diversificada. Esta falta de autonomía limita su capacidad para condicionar la cooperación con China en términos igualitarios (Hillman, 2020).

China, sin embargo, ha sabido aprovechar esta situación para avanzar discretamente en sus intereses estratégicos. Aunque no posee territorio ártico, ha logrado consolidarse como un socio económico clave en los sectores energéticos y logísticos del norte, y su interés por la Ruta de la Seda Polar se refleja en inversiones en infraestructuras, logística y tecnología aplicadas al transporte ártico, sin necesidad de involucrarse en disputas geopolíticas o militares. Esta prudencia permite al gigante chino obtener ventajas sin asumir grandes riesgos políticos o diplomáticos (Wezeman, 2022).

A pesar de la cooperación entre ambos, no hay evidencia de una alianza duradera. Rusia mantiene el control territorial y militar del Ártico, y no ha mostrado interés en compartir soberanía o autoridad estratégica con China. Pekín, por otro lado, evita compromisos políticos que lo enfrenten directamente con Occidente en esta zona. En este sentido, la cooperación entre ambos se limita a acuerdos económicos con beneficios claros, sin constituir un bloque político o militar sólido común (Lo, 2008; Fong & Maizland, 2022).

La tabla expuesta a continuación resume los principales aspectos empíricos de la cooperación entre ambos países en el Ártico, evaluando tanto su rol como su impacto:

Aspecto	Rusia	China	Valoración
Presencia en el Ártico	Territorial, militar, control de rutas	Estado observador, sin territorio	Rusia lidera; China es socio externo
Comercio bilateral	Exportador de energía y materias primas	Importador clave, proveedor de bienes industriales	Relación asimétrica y dependiente
Inversión en el Ártico	Controla proyectos estratégicos	Participa como inversor minoritario	Cooperación limitada a sectores específicos
Objetivo geopolítico	Confrontación directa con Occidente	Expansión económica con bajo perfil	Diferencias estratégicas claras
Riesgo futuro	Convertirse en socio subordinado de China	Riesgo de sobreexposición política a Rusia	Relación frágil y basada en conveniencia

Fuente de la tabla: elaboración propia con datos de SIPRI (2022), UNCTAD (2023), Gabuev (2024), Sher (2024).

Como se observa, la cooperación está marcada por un alto grado de asimetría estructural. Rusia controla el terreno y el poder militar, mientras China actúa como actor económico oportunista. Esta relación desigual indica que no estamos ante una alianza entre iguales, sino ante una cooperación por conveniencia. El componente ideológico tampoco une de forma clara a ambos países, aunque ambos cuestionan el orden liberal internacional, sus modelos de proyección de poder y legitimidad internacional son distintos (Korolev & Portyakov, 2018).

La pregunta principal de este trabajo ha sido si la cooperación entre China y Rusia en el Ártico constituye una alianza pragmática temporal o una estrategia geopolítica duradera frente al orden que lidera Occidente. En base a la evidencia empírica analizada, la respuesta es que se trata de una alianza pragmática temporal, basada en necesidades puntuales de ambos actores. La presión externa ha obligado a Rusia a aceptar una mayor dependencia de China, mientras que esta última se beneficia sin tener que comprometerse a una defensa conjunta o a compartir costes políticos. Esta relación puede prolongarse mientras existan incentivos materiales como energía barata para China, tecnología e inversiones para Rusia, pero no hay señales de que se institucionalice como una alianza formal o que tenga una proyección coherente a largo plazo. Además, si China logra diversificar su acceso a recursos energéticos o si la guerra en Ucrania tomase un giro desfavorable para Rusia, esta alianza podría debilitarse rápidamente. En definitiva, lo que observamos es una alianza táctica, sin vocación de permanencia, que responde

al contexto geopolítico del presente, pero que no parece diseñada para redefinir de forma conjunta el orden mundial en el Ártico ni en otras regiones clave. El pragmatismo que caracteriza esta relación es precisamente el factor que limita su alcance futuro (Sher, 2024; Yoder, 2020).

Conclusiones

Síntesis de hallazgos:

La cooperación entre Rusia y China en el Ártico no es un fenómeno circunstancial ni aislado, sino una muestra significativa de cómo el orden internacional actual reconfigura las relaciones entre potencias en función de factores geopolíticos, económicos y ambientales. A lo largo de este trabajo se ha demostrado que la relación sino-rusa se ha fortalecido a partir de intereses comunes en un contexto marcado por la competencia internacional, la transformación del entorno polar y la crisis del multilateralismo.

Uno de los hallazgos más importantes es que esta cooperación se basa en una complementariedad de capacidades, es decir, Rusia aporta su condición de potencia ribereña, su control territorial, sus recursos energéticos y su red logística en el Ártico mientras que China, aporta capital, tecnología y una demanda energética constante. Esta combinación ha permitido avanzar en proyectos concretos como Yamal LNG, Arctic LNG 2 o el desarrollo de la Ruta Marítima del Norte. China ha aprovechado su capacidad económica y diplomática para consolidarse como un actor relevante en el Ártico, a pesar de no tener costa en la región. Su estrategia ha incluido la inversión en infraestructuras, la participación en foros multilaterales y el impulso de la Ruta de la Seda Polar, que conecta sus intereses logísticos globales con las oportunidades emergentes en el norte. Esta visión amplia muestra que el Ártico ha dejado de ser una región marginal para convertirse en un punto clave dentro de su política exterior.

El estudio también ha resaltado que la cooperación entre ambos países, a pesar de ser intensa, sigue siendo de carácter funcional, no existe una alianza política o militar formal, ni mecanismos institucionalizados de gobernanza conjunta. La relación se apoya en intereses compartidos y pragmáticos, pero no disuelve las desconfianzas mutuas ni resuelve las diferencias profundas que cada uno tiene en la forma de entender la gobernanza del Ártico. Una de las tensiones centrales tiene que ver con la soberanía, Rusia insiste en mantener el control exclusivo de sus aguas árticas y en aplicar un marco normativo propio, mientras que China defiende una visión más abierta y multilateral, que prioriza el acceso compartido a rutas y recursos. Estas diferencias, aunque no han provocado rupturas hasta el momento, limitan las posibilidades de avanzar hacia una alianza más estructurada.

Además, el contexto internacional ha influido decisivamente en esta cooperación. Las sanciones occidentales a Rusia desde 2014 han empujado a Moscú a buscar apoyo en Pekín. Al mismo tiempo, la rivalidad de China con Estados Unidos ha llevado a su gobierno a tener que fortalecer alianzas que refuercen su posición global. El resultado es una convergencia táctica que refuerza a ambos actores frente a Occidente, pero sin borrar por completo las asimetrías y los desacuerdos. Por otro lado, se ha observado que esta relación ha generado preocupación en los países occidentales, que han reaccionado reforzando su presencia militar, diplomática y normativa en el Ártico. La OTAN, Estados Unidos y la Unión Europea han actualizado sus estrategias árticas sabiendo que la región se ha convertido en un espacio clave para la competencia geopolítica del siglo XXI.

Finalmente, el debilitamiento del Consejo Ártico y la creciente fragmentación de los mecanismos de gobernanza regional reflejan un cambio profundo en el funcionamiento del sistema internacional. El paso de la cooperación multilateral a la competencia bilateral refleja que el Ártico se ha transformado en un escenario de poder donde predominan los intereses estratégicos y las relaciones de fuerza.

Respuesta a la pregunta de investigación:

La pregunta que ha guiado este trabajo de si la cooperación entre China y Rusia en el Ártico constituye una alianza estratégica consolidada o una relación pragmática basada en intereses coyunturales no admite una respuesta simple ni categórica. A lo largo del análisis se han identificado elementos que apoyan ambas interpretaciones, por lo que la conclusión debe basarse en una visión que contemple tanto los factores estructurales como las variables de contexto.

Por un lado, es evidente que existen motivos sólidos que explican la intensificación de la relación sino-rusa en el Ártico. La complementariedad entre los dos países en términos de recursos, capacidades y necesidades ha generado una dinámica de cooperación concreta y funcional. Rusia dispone de una posición geográfica privilegiada, control territorial, experiencia operativa en el Ártico y vastas reservas de hidrocarburos, pero se enfrenta a restricciones financieras y tecnológicas a causa de las sanciones occidentales. China, por su parte necesita garantizar su seguridad energética, diversificar rutas comerciales y acceder a nuevos espacios de influencia, para lo cual aporta capital, demanda energética y una fuerte capacidad logística e industrial. Esta convergencia ha dado lugar a una colaboración estrecha en sectores clave como el gas natural licuado, el transporte marítimo y el desarrollo de infraestructuras estratégicas. Sin embargo, pese al alcance y profundidad de esta cooperación, el análisis detallado demuestra que no puede considerarse una alianza estratégica en sentido estricto ya que no existen tratados formales ni mecanismos jurídicos permanentes que estructuren la relación bilateral. Tampoco se han establecido canales de coordinación militar conjunta ni instituciones compartidas de gobernanza sobre el espacio ártico. La cooperación se mantiene principalmente en el plano técnico y económico, sin llegar a compromisos políticos o de seguridad que impliquen una cesión significativa de autonomía por parte de ninguna de las dos potencias.

Rusia busca beneficiarse de la cooperación con China sin comprometer su control soberano sobre la región. El Kremlin ha reforzado su legislación interna para asegurar su dominio sobre la Ruta Marítima del Norte, limitando el acceso de actores externos mediante marcos legales que obligan a solicitar permisos y contratar servicios rusos para el tránsito marítimo. Este refuerzo legal refleja una visión nacionalista del Ártico, en la que el Estado ruso se reserva el control exclusivo del espacio marítimo y de sus recursos. Por otro lado, China ha adoptado una estrategia de inserción más progresiva, basada en una narrativa de cooperación pacífica, multilateralismo y defensa del acceso libre a las rutas internacionales. Evita entrar en conflicto directo con Rusia sobre cuestiones sensibles como la soberanía marítima, pero al mismo tiempo

promueve su propia agenda geoeconómica a través de la Ruta de la Seda Polar. Esta ambigüedad estratégica le permite avanzar en sus intereses sin romper con Moscú, manteniendo abierta la posibilidad de reconfigurar su posición si el contexto internacional o regional lo hiciera necesario.

En este sentido, la relación sino-rusa en el Ártico se ajusta mejor al entendimiento de una cooperación táctica y selectiva, en la que ambos actores colaboran en función de intereses concretos y objetivos compartidos, pero sin formalizar una alianza estable o permanente. La cooperación entre China y Rusia se entiende mejor si se tiene en cuenta el contexto internacional actual, ya que ambos países se enfrentan a una presión externa importante, sobre todo por el aumento de tensiones con los países occidentales y por el papel creciente de Estados Unidos y la OTAN en el Ártico. Esto ha llevado a Moscú y Pekín a acercarse, sin embargo, su relación no está respaldada por una estructura formal que garantice que esta colaboración se mantenga si cambian las condiciones actuales.

También hay un desequilibrio entre los dos países que puede generar tensiones. Rusia busca proteger su control en la región y mantener su autonomía, mientras que China quiere ganar presencia global e incluye al Ártico dentro de sus planes para conectar mejor con el resto del mundo. Esta diferencia en sus objetivos a largo plazo podría causar conflictos si sus intereses dejan de coincidir de forma clara. Por todo esto, se puede decir que la relación entre China y Rusia en el Ártico es una alianza útil para ambos, basada en intereses concretos. No es una alianza estratégica firme, ya que no tiene reglas claras ni un marco común que la mantenga a largo plazo. Es una relación práctica y flexible, que funciona mientras siga habiendo tensiones con Occidente, pero que podría perder fuerza o cambiar si el contexto internacional se modifica.

De cara al futuro, la evolución de esta cooperación dependerá de múltiples factores; la continuidad de las sanciones contra Rusia, la estabilidad del sistema internacional, los cambios en la política exterior de China y el papel que jueguen otros actores como India, Japón o la Unión Europea en la gobernanza ártica. En cualquier caso, el Ártico se ha consolidado como un escenario clave para observar los límites y posibilidades de las nuevas formas de cooperación interestatal en un mundo cada vez más multipolar.

Reflexiones finales y líneas de investigación futuras:

El análisis de la cooperación sino-rusa en el Ártico ofrece una perspectiva privilegiada para entender los cambios que están transformando el sistema internacional. Esta relación, construida sobre bases pragmáticas y sectoriales, refleja no solo la adaptación de ambos países a nuevas circunstancias geopolíticas, sino también cómo regiones antes consideradas periféricas están adquiriendo mayor importancia estratégica. En este sentido, el Ártico ya no puede entenderse como un espacio marginal o exclusivamente científico, sino como un escenario donde se cruzan intereses energéticos, rutas comerciales, rivalidades geopolíticas, cuestiones medioambientales y aspiraciones tecnológicas.

Uno de los aprendizajes más importantes de este trabajo es que los márgenes del mapa, zonas hasta hace poco ignoradas o poco disputadas, están siendo considerados como espacios clave para la redefinición del poder global. Al igual que ocurre con el espacio ultraterrestre, el Ártico se ha convertido en un laboratorio donde se ponen a prueba nuevas formas de influencia, cooperación y competencia. Esto obliga a repensar muchas categorías tradicionales del análisis geopolítico que hasta ahora se centraban en regiones como Europa, el Golfo Pérsico o el mar de China Meridional. El Ártico, junto a su complejidad propia, pasa a formar parte de esa lista de regiones donde se jugarán cuestiones clave para el siglo XXI.

A partir de este diagnóstico, se abren diversas líneas de investigación que pueden enriquecer el estudio de la cooperación internacional en el Ártico. Una de ellas tiene que ver con el papel de los actores no estatales. Empresas energéticas, fondos de inversión, organizaciones científicas, ONG ambientalistas e incluso universidades tienen una influencia creciente en el diseño y ejecución de proyectos en esta región. Estudiar cómo se relacionan con los gobiernos, cómo ejercen presión y qué influencia tienen para crear reglas no oficiales puede ayudar a entender mejor cómo se toman decisiones en un entorno con pocas normas claras.

Otro punto importante es el estudio del papel de las comunidades indígenas en el contexto de tensiones geopolíticas actuales. Pueblos como los nenets en Siberia, los inuits en Canadá o los sami en Escandinavia están siendo afectados por los proyectos energéticos, el cambio climático y la construcción de infraestructuras en sus territorios. Escuchar sus voces no solo añade una mirada más justa al análisis, sino que también ayuda a ver si los proyectos de países como China y Rusia son realmente sostenibles y aceptados por quienes viven allí. Además, entender cómo estas comunidades protestan, negocian con los gobiernos o buscan apoyo internacional puede aportar nuevas ideas sobre participación y derechos colectivos.

También resulta clave comparar la evolución del régimen del Ártico con otras experiencias de gestión internacional de espacios comunes, como la Antártida, el espacio ultraterrestre o las aguas internacionales. El régimen antártico, por ejemplo, se ha mantenido como una estructura de cooperación científica pacífica desde hace décadas. ¿Podría el Ártico seguir una vía similar, o se encamina hacia un modelo dominado por las soberanías nacionales y la competición? Este tipo de análisis comparado puede ofrecer diferentes perspectivas para saber cómo mejorar la gobernanza ártica, prevenir conflictos y garantizar el acceso de manera equitativa a los recursos comunes. Desde el punto de vista conceptual, esta investigación también pone en cuestión los marcos teóricos tradicionales sobre alianzas internacionales. La cooperación entre Rusia y China en el Ártico no encaja del todo en la noción clásica de alianza estratégica, pero tampoco se trata de una relación meramente táctica o temporal, aquí nos encontramos ante una forma de asociación basada en ciertos intereses funcionales, limitada a ciertos sectores y abierta a adaptaciones futuras.

Es importante usar enfoques que vean el Ártico como un sistema con muchas partes que se afectan entre sí. Esta región no es algo fijo ni predecible. El clima, la tecnología, la economía y la política se mezclan todo el tiempo y pueden causar cambios que no se esperaban. Por ejemplo, una pequeña variación en el clima, el precio del gas o una decisión política puede

cambiar de manera sustancial lo que pasa allí. Por eso, mirar el Ártico como un conjunto de factores que se conectan puede ayudar a entender mejor cómo evoluciona y qué puede pasar en el futuro.

Otro objeto de estudio importante es el papel de las nuevas tecnologías. La inteligencia artificial aplicada a la navegación, los satélites de monitoreo climático, los rompehielos de nueva generación, la automatización de la extracción de hidrocarburos o los sensores submarinos están cambiando la forma en que los países actúan en el Ártico. Estas tecnologías no solo aumentan la eficiencia, sino que modifican las capacidades estratégicas, creando nuevas desigualdades entre actores con alta capacidad de innovación y aquellos que dependen de terceros. Analizar cómo estas herramientas alteran el equilibrio regional, y los riesgos asociados en términos ambientales o de seguridad, es una función primordial.

La cuestión medioambiental también debería tener un papel importante en los estudios futuros, ya que problemas como el deshielo, el aumento de acidez en los océanos, la pérdida de animales y plantas, o los posibles derrames de petróleo no solo dañan el ecosistema ártico, sino que pueden afectar a diferentes poblaciones en otras partes del mundo. Por eso, es clave analizar cómo las acciones de Rusia y China, centradas sobre todo en explotar los recursos, están afectando al equilibrio natural del Ártico. También es importante revisar si las normas internacionales para el cuidado del medio ambiente están funcionando bien o si necesitan cambiar para proteger mejor la región frente al desarrollo industrial.

Por último, el rol de otros países asiáticos como Japón, Corea del Sur, India o Singapur pienso que requiere más atención. Aunque estos actores aún no tienen el protagonismo de China, su interés en el Ártico está creciendo. Ya participan en investigaciones científicas, han mostrado intención de integrarse en las rutas comerciales emergentes y buscan acceso a minerales y recursos. Su progresiva presencia podría modificar los equilibrios actuales y abrir nuevas alianzas o tensiones en el panorama de la región ártica. Estudiar su evolución permitirá anticipar y explorar escenarios en los que la competencia no solo sea entre grandes potencias, sino también entre bloques regionales con intereses variados.

El Ártico se ha convertido en un escenario central de la política global. La cooperación entre Rusia y China, lejos de ser un caso aislado, ilustra las nuevas formas de relación internacional basadas en pragmatismo, complementariedad e intereses concretos, pero también muestra las limitaciones, tensiones y desafíos que surgen cuando estos intereses no se alinean del todo. Por ello, seguir investigando el Ártico desde distintos ángulos como el económico, político, ambiental, tecnológico y social es clave para comprender hacia dónde se dirige el mundo en un contexto cada vez más interconectado y competitivo.

Bibliografía

- Agreement to Prevent Unregulated High Seas Fisheries in the Central Arctic Ocean. (2018). *Text of the Agreement*. Government of Canada. <https://www.dfo-mpo.gc.ca/international/fm-am/arctic-arctique-eng.htm>
- Arctic Council Indigenous Peoples' Secretariat. (2023). *Indigenous Peoples and Arctic Economic Development*. Arctic Council. <https://www.arcticpeoples.org/>
- Arctic Monitoring and Assessment Programme (AMAP). (2021). *Arctic Climate Change Update 2021: Key Trends and Impacts*. <https://www.amap.no/>
- Arctic Today. (2022). China expands Arctic shipping cooperation with Russia.
- Botvinnik, A., Petrov, A., & Kuznetsov, S. (2021). Arctic nuclear icebreakers: Innovation and national strategy. *Journal of Polar Science*, 11(2), 145–160. <https://doi.org/10.1016/j.polar.2021.04.006>
- Brzozowski, A. (2024, marzo 20). Melting away? The European Union's geopolitical role in the Arctic. *Centre for Security, Diplomacy and Strategy*. <https://csds.vub.be/publication/melting-away-the-european-unions-geopolitical-role-in-the-arctic/>
- Conley, H. A., Melino, M., & Simakov, N. (2021). *The Ice Curtain: Russia's Arctic Military Build-Up*. Center for Strategic and International Studies (CSIS). <https://www.csis.org/analysis/ice-curtain-russias-arctic-military-build>
- Cui, H. (2023). China's technological engagement in the Arctic: A strategic overview. *The Polar Journal*, 13(1), 74–90. <https://doi.org/10.1080/2154896X.2023.2015497>
- Defraigne, J.-C. (2022). *Economic Interdependence and the Future of China-EU Relations*. Routledge.
- Economy, E. (2018). *The Third Revolution: Xi Jinping and the New Chinese State*. Oxford University Press.
- European External Action Service. (2021). *The EU and the Arctic*. https://www.eeas.europa.eu/eeas/eu-arctic_en
- Exner-Pirot, H. (2016). A new security agenda for the Arctic: Implications for NATO and Canada. *Canadian Global Affairs Institute Reports*.
- Ferrero, J. A. (2011). Factores geográficos, económicos y geopolíticos del Ártico. En *Temas Generales sobre Geopolítica Ártica* (pp. 681–689).

- Fernández, M. (s.f.). Rusia y China: el eje de conveniencia y la competición con Occidente. *Universidad Complutense de Madrid*. <https://politicasysociologia.ucm.es/file/tfg-manuel-fernandez>
- Fong, C., & Maizland, L. (2022). China and Russia: Exploring ties between two authoritarian powers. *Council on Foreign Relations*. <https://www.cfr.org/backgrounder/china-russia-relationship-xi-putin-taiwan-ukraine>
- Gabuev, A. (2024). Putin and Xi's unholy alliance: Why the West won't be able to drive a wedge between Russia and China. *Foreign Affairs*. <https://www.foreignaffairs.com/china/putin-and-xis-unholy-alliance>
- García-Herrero, A., & Milosevich, M. (2024). China y Rusia: nacionalismo, economía y geopolítica. En *Economía y Geopolítica en un Mundo en Conflicto*, 935, 53–62.
- García-Herrero, A., & Xu, J. (2019). How does China fare on the Russian market? Implications for the European Union. *Russian Journal of Economics*, 5(3), 252–269. <https://doi.org/10.32609/j.ruje.5.47921>
- Government of Japan. (2023). *The Third Basic Plan on Ocean Policy*. <https://www.kantei.go.jp/jp/singi/kaiyou/pdf/basicplan2023.pdf>
- Greenpeace International. (2022). *Protecting the Arctic: A Global Responsibility*. <https://www.greenpeace.org/international/story/51964/protecting-the-arctic/>
- Hillman, J. E. (2020). China and Russia: Economic unequals. *Center for Strategic & International Studies (CSIS)*. <https://www.csis.org/analysis/china-and-russia-economic-unequals>
- Ikenberry, G. J. (2011). *Liberal Leviathan: The Origins, Crisis, and Transformation of the American World Order*. Princeton University Press.
- Kaplan, R. D. (2012). *The Revenge of Geography: What the Map Tells Us About Coming Conflicts and the Battle Against Fate*. Random House.
- Keohane, R. O. (1984). *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton University Press.
- Khanna, P. (2016). *Connectography: Mapping the Future of Global Civilization*. Random House.
- Klare, M. T. (2001). *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*. Owl Books.
- Korolev, A., & Portyakov, V. (2018). China-Russia relations in times of crises: A neoclassical realist explanation. *Asian Perspective*, 42(3), 411–437. <https://doi.org/10.1353/apr.2018.0020>

- Lasserre, F., Le Roy, J., & Garon, R. (2017). China's strategy in the Arctic: Threatening or opportunistic? *The Polar Journal*, 7(1), 68–85.
- Lo, B. (2008). *Axis of Convenience: Moscow, Beijing, and the New Geopolitics*. Brookings Institution Press.
- López-Ibor Mayor, J. (2015). *Geopolítica del Ártico: Una nueva dimensión de los conflictos internacionales*. Editorial Dykinson.
- Luttwak, E. (1990). From geopolitics to geo-economics: Logic of conflict, grammar of commerce. *The National Interest*, 20, 17–23.
- Mackinder, H. J. (1904). The geographical pivot of history. *The Geographical Journal*, 23(4), 421–437. <https://doi.org/10.2307/1775498>
- Madueño-Álvarez, M. (2024). El Ártico en la configuración del espacio ruso y el final del Heartland. *URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, 39, 117–134. <https://doi.org/10.17141/urvio.39.2024.6106>
- Mahan, A. T. (1890). *The Influence of Sea Power upon History, 1660–1783*. Little, Brown and Company.
- Middleton, A. (2019). China's strategy in the Arctic: Risks and opportunities. *Arctic Yearbook*.
- Ministry of Earth Sciences, Government of India. (2022). *India's Arctic Policy: Building a Partnership for Sustainable Development*. <https://moes.gov.in/>
- Morgenthau, H. J. (1948). *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*. Alfred A. Knopf.
- Morales, S. (2023). *Geopolítica de los mares y océanos*. Cuaderno de Estrategia 224. Instituto Español de Estudios Estratégicos.
- NSR Administration. (2023). *Northern Sea Route Shipping Statistics 2023*. <http://www.nsra.ru>
- Pifer, S. (2022). Putin and Xi cement partnership as Russia faces international pressure. *Brookings Institution*. <https://www.brookings.edu/blog/order-from-chaos/2022/02/07/putin-and-xi-cement-partnership-as-russia-faces-international-pressure/>
- Reuters. (2024, marzo 15). Russia, China set up working group on Arctic shipping route. <https://www.reuters.com/world/russia-china-arctic-shipping-2024-03-15/>
- Reuters. (2024, julio 23). Growing cooperation between Russia, China in Arctic, Pentagon says. <https://www.reuters.com/world/us/growing-cooperation-between-russia-china-arctic-pentagon-says-2024-07-23/>

- Riddervold, M. (2021). *Arctic Governance in a Changing World*. Palgrave Macmillan.
- Rodríguez-Villa Matons, A. (2023, mayo 9). La OTAN en el Ártico: el flanco sobrevenido. *Real Instituto Elcano*. <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/la-otan-en-el-artico-el-flanco-sobrevenido/>
- Romero Junquera, A. (2022). El ámbito geopolítico y de seguridad del Ártico. En J. López-Ibor (Ed.), *Geopolítica del Ártico: Una nueva dimensión de los conflictos internacionales* (pp. 199–220). Editorial Dykinson.
- Sher, N. (2024, mayo 6). Behind the scenes: China's increasing role in Russia's defense industry. *Carnegie Endowment for International Peace*. <https://carnegieendowment.org>
- Shambaugh, D. (2013). *China Goes Global: The Partial Power*. Oxford University Press.
- Sørensen, C., & Klimenko, E. (2017). Emerging Chinese–Russian cooperation in the Arctic: Possibilities and constraints. *Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), Policy Paper No. 46*. <https://www.sipri.org/publications/2017/sipri-policy-papers/emerging-chinese-russian-cooperation-arctic-possibilities-and-constraints>
- State Council Information Office of China. (2023). *China's Arctic Policy Update 2023*. http://english.scio.gov.cn/whitepapers/2023-11/01/c_1217901527.htm
- Strange, S. (1988). *States and Markets: An Introduction to International Political Economy*. Pinter Publishers.
- The Arctic Institute. (2024). *Rising tensions and shifting alliances: The Arctic in 2024*. <https://www.thearcticinstitute.org/arctic-alliances-2024/>
- The Arctic Institute. (2024). *Rising tensions, shifting strategies: The evolving dynamics of U.S. grand strategy in the Arctic*. <https://www.thearcticinstitute.org/rising-tensions-shifting-strategies-evolving-dynamics-us-grand-strategy-arctic/>
- UNCTAD (United Nations Conference on Trade and Development). (2023). *World Investment Report 2023*. <https://unctad.org/webflyer/world-investment-report-2023>
- U.S. Department of Defense. (2024). *2024 Arctic Strategy Report*. <https://www.defense.gov/News/2024-Arctic-Strategy/>
- U.S. Department of Defense. (2024). *New DOD strategy calls for enhancements, engagements, exercises in Arctic*. <https://www.defense.gov/News/News-Stories/Article/Article/3754678/new-dod-strategy-calls-for-enhancements-engagements-exercises-in-arctic/>
- USGS (U.S. Geological Survey). (2008). *Circum-Arctic Resource Appraisal: Estimates of Undiscovered Oil and Gas North of the Arctic Circle*. U.S. Department of the Interior.

Wallerstein, I. (1974). *The Modern World-System*. Academic Press.

Waltz, K. N. (1979). *Theory of International Politics*. McGraw-Hill.

Wezeman, S. T. (2022). Military capabilities in the Arctic: A new Cold War in the making? *SIPRI Insights on Peace and Security*, 2022/4. Stockholm International Peace Research Institute. <https://www.sipri.org/publications/2022/sipri-insights-peace-and-security/military-capabilities-arctic>

Wilson Rowe, E. (2020). *Arctic Governance: Power in Cross-Border Cooperation*. Manchester University Press.

Yoder, B. K. (2020). Theoretical rigor and the study of contemporary cases: Explaining post-Cold War China–Russia relations. *International Politics*, 57, 741–759. <https://doi.org/10.1057/s41311-019-00173-z>